MASTER
NEGATIVE
NO. 1995-0707

MICROFILMED 1995

AMERICAN THEOLOGICAL LIBRARY ASSOCIATION

EVANSTON, ILLINOIS 60201

DAY MISSION MONOGRAPHS ON MICROFILM: SET I

A JOINT PRESERVATION PROJECT OF
THE AMERICAN THEOLOGICAL LIBRARY ASSOCIATION AND
YALE DIVINITY SCHOOL LIBRARY, FUNDED IN PART BY
THE PEW CHARITABLE TRUSTS

REPRODUCTIONS MAY NOT BE MADE WITHOUT
PERMISSION FROM
THE AMERICAN THEOLOGICAL LIBRARY ASSOCIATION

YALE UNIVERSITY LIBRARY

THE LIBRARY OF THE

DIVINITY SCHOOL

THE DAY MISSIONS LIBRARY

EL VENERABLE JUAN GABRIEL PERBOYRE

PRESBÍTERO DE LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

Muerto en la China por la fe cristiana el 11 de Septiembre de 1840.

COMPENDIO

DE LA VIDA DEL

V. J. GABRIEL PERBOYRE

PRESBÍTERO

DE LA

CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

FUNDADA POR SAN VICENTE DE PAÚL

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.
M DCCC XC

Yale Divinity Library
New Haven, Conn.

MR6.2
F411
Xc73

CARTA DEL SR. FIAT

SUPERIOR GENERAL DE LA MISIÓN

AL AUTOR DE LA VIDA DEL VENERABLE PERBOYRE

MUY SEÑOR MÍO Y CARIÑOSÍSIMO HERMANO: *La gracia de Nuestro Señor sea siempre con usted.*

En vista del parecer favorable de dos teólogos encargados de examinar el COMPENDIO DE LA VIDA DEL V. J. GABRIEL PERBOYRE, *que usted ha compuesto, yo lo apruebo y le autorizo á usted para publicarlo. ¡Ojalá que al divulgarse en todos los rangos de la sociedad pueda contribuir á la gloria de Nuestro Señor y á la edificación del prójimo, especialmente de aquellos que están llamados á llevar la luz del Evangelio á los países infieles!*

Soy afectuosamente en el amor de Dios y de su inmaculada Madre su atento seguro servidor,

A. FIAT, *Sup. gen.*

Imprimatur. Parisiis die vigesima cuarta Junii anni 1885.

E. PETIT,
Vic. gen. Archiep. Parisiensis.

DAY MISSION
8/5/69

DECLARACIÓN DEL AUTOR

Según lo prescrito por nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, el autor de este *Compendio* declara que lo somete enteramente y sin reserva alguna al juicio de la Santa Sede.

Si alguna vez da en él al venerable siervo de Dios J. Gabriel Perboyre ó á algún otro personaje los títulos de Bienaventurado, de Santo ó de Mártir, protesta que con esto de ningún modo intenta prevenir el juicio de la Sede Apostólica, á quien únicamente pertenece pronunciar el fallo en esta materia.

En la relación que hace el mismo autor de ciertas curaciones ó conversiones extraordinarias, aunque para calificarlas se sirva de la palabra *Milagro*, no es su ánimo el decidir por sí mismo sobre el carácter sobrenatural de estos hechos, ni da á sus afirmaciones otro valor que el de un testimonio puramente histórico.

COMPENDIO

DE LA VIDA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

J. GABRIEL PERBOYRE

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO DEL VENERABLE PERBOYRE Y SUS PRIMEROS AÑOS HASTA SU ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

(1802-1818)

1. Su nacimiento, sus padres y sus primeros años. — 2. Instrucción primaria, catecismo y primera comunión. — 3. Su perseverancia en el bien. — 4. Apostolado que ejerce á su alrededor. — 5. Acompaña á su hermano Luis al Seminario menor de Montaubán. — 6. Se le quiere detener allí. — 7. Su vocación se manifiesta, y permanece en el establecimiento. — 8. Su aplicación al estudio. — 9. Su conducta ejemplar. — 10. Estudia la Filosofía y sustituye á un profesor.

1. El 6 de Enero de 1802 nació en Puech, pequeño caserío de la Parroquia de Mongesty, Diócesis de Chaors, un niño que al siguiente día recibió en la fuente bautismal los nombres de Juan Gabriel, y el cual, con el dulce resplandor de sus virtudes y con el triunfo de una muerte sufrida gloriosamente por el nombre cristiano, había de honrar á la Iglesia y á la familia de San Vicente de Paúl.

Sus padres, Pedro Perboyre y María Rigal, medianamente provistos de bienes temporales, eran muy ricos en los de la gracia. Una fe sencilla y firme como la de los primeros cristianos, costumbres verdadera-

mente patriarcales y conservadas en su pureza por el cumplimiento exacto de todas las obligaciones de la vida cristiana, tal era la porción más preciosa de su herencia, y la que cultivaban con mayor esmero. Así es que Dios bendijo esta unión, dándole ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, los cuales todos se mostraron dignos de padres tan cristianos. Una de las hijas murió cuando iba á entrar en comunidad, y las otras dos son hijas de San Vicente. En cuanto á los varones, tres han entrado en la Congregación de la Misión: Juan Gabriel, nuestro venerable mártir; Luis, que murió en el mar, dirigiéndose á la China, y Jaime, el cual ha sobrevivido á sus dos hermanos misioneros, y se encuentra en París.

Los primeros años de Juan Gabriel no presentaron ese carácter de ligereza que es tan ordinario en la infancia. Su lenguaje, su continente, su modo de andar, todo respiraba en él una gravedad superior á sus años; y esta madurez precoz, que inspiraba á los suyos una suerte de veneración, tenía por principio una piedad verdaderamente sorprendente en un niño de cinco años. Mostraba mucho gusto por las cosas santas; y el amor divino, del cual su corazón juvenil estaba repleto, se manifestaba visiblemente en la manera con que pronunciaba los santos nombres de Jesús y de María, y en la actitud religiosa que guardaba en la iglesia, ó que le acompañaba en casa al rezar sus oraciones.

Siendo su modestia singular, tenía un horror instintivo hacia todo lo que pudiera ofender en poco ó en mucho la delicadeza de esta virtud, de tal manera que no se prestaba gustoso á ninguna familiaridad ó

demostración afectuosa, y aun sufría con pena las caricias de su madre. Así es que su corazón puro estaba dotado de una sensibilidad exquisita, la cual le obligaba á compadecerse de los padecimientos del prójimo: tenía un grande amor á los pobres, se hacía frecuentemente su abogado y creíase dichoso cuando podía darles alguna limosna.

Esto empero no lo hacía sino cuando para ello obtenía el permiso de sus padres; tan sumiso les estaba, á ejemplo del divino Infante Jesús. Esta docilidad, no solamente á sus órdenes, sino también á sus deseos, nunca se desmintió en él, y jamás se le pudo reprochar la menor desobediencia. Por ella mereció muy pronto toda su confianza, y desde la edad de seis años recibió el oficio de guardar un pequeño rebaño; empleo que cumplió á satisfacción de todos, y sin dar jamás señal alguna de mal humor ó de impaciencia, á pesar de las intemperies de las estaciones y de los caprichos de los animales que conducía.

2. Cuando á la edad de ocho años comenzó á frecuentar la escuela, su maestro observó en él disposiciones más que ordinarias, las cuales unidas á su virtud le conciliaron la estimación y el respeto de todos sus condiscípulos. Nunca se le vió familiarizarse con ninguno de éstos, y aunque vivió en buena armonía con todos, alternaba más frecuentemente con los que mostraban inclinación á la piedad.

No manifestó ni menos aptitud ni menos aplicación para el catecismo; y el Sr. Cura, sorprendido de ver en este niño una instrucción tan sólida, unida á la más tierna piedad, creyó del caso derogar el uso establecido en la Parroquia, admitiéndole más pronto

que á los otros, esto es, á los once años, á hacer su primera comunión. A nadie le ocurrió criticar semejante excepción, motivada por tan raras cualidades, y todos se regocijaron de ver acercarse á la mesa de los ángeles al que por la voz común era ya llamado *el Santito*.

3. El fervor con que practicó este acto tan importante de la vida cristiana no fué pasajero, pues desde entonces se miró á Juan Gabriel como modelo de toda la Parroquia por la regular asistencia á todos los Oficios de la Iglesia, y por la frecuencia de Sacramentos. El tiempo que podía robar al cumplimiento de sus deberes de estado lo consagraba á piadosas lecturas, hechas casi siempre en la Vida de los Santos, y especialmente en la de San Vicente de Paúl, á quien amaba mucho; y en los días de domingo y demás fiestas casi no abandonaba el lugar santo, del cual parecía haber hecho su morada.

4. La caridad divina, que henchía su corazón irradiando en torno de él, hacía sentir su dulce y saludable influencia. Animado de un celo ardiente, mas prudente é ilustrado, ejercía un verdadero apostolado, no solamente en el seno de su familia, y respecto de sus hermanos y hermanas, á quienes instruía, reprendía ó animaba para alejarlos del mal y conducirlos á lo bueno, sino también respecto de los obreros con quienes trabajaba en los campos, y cuyos discursos hizo que fuesen más convenientes y circunspectos.

Un conjunto tan raro de cualidades no podía menos de hacer presagiar el más bello porvenir, y cada uno se preguntaba, como en otro tiempo con motivo de San Juan Bautista: ¿qué será un día este niño? *quis*

putas puer iste erit? (Luc. 1, 66.) Vamos á ver qué respuesta había de dar á esta cuestión la Divina Providencia.

5. Hallábase también dotado de las más felices disposiciones uno de los hermanos de Juan Gabriel, llamado Luis. Su tierna piedad y el deseo que manifestaba de abrazar el estado eclesiástico movieron á sus padres á enviarle á Montaubán en compañía de su tío, Sr. D. Jaime Perboyre, Superior del Seminario menor; mas como era muy tímido y de salud bastante delicada, pidió Juan Gabriel permiso para acompañarle y para permanecer allí dos meses con él, á fin de ayudarle á que se acostumbrase á este nuevo género de vida.

Dejaron, pues, los dos hermanos juntamente y por vez primera la casa paterna. Fué, sin duda, esto un motivo de grande pena para esta familia, cuyos miembros todos se hallaban tan unidos, y así derramaron muchas lágrimas; mas el pensamiento de que Juan Gabriel volvería pronto mitigaba un poco la amargura de la separación.

Esta esperanza, sin embargo, no había de realizarse, porque Dios tenía sobre este joven de quince años otros designios que pronto iban á manifestarse.

Juan Gabriel no pensó al principio más que en aprovechar el tiempo que debía pasar con su hermano para adquirir algunos conocimientos útiles, y estudiar la gramática francesa, la aritmética y un poco de geometría.

6. Mas bien pronto los profesores de la casa, admirados de su piedad, de sus amables cualidades y de su facilidad para el estudio, y viendo también en él

señales nada equívocas de vocación al estado eclesiástico, instaron vivamente al Superior para que le retuviese consigo y le hiciese comenzar el estudio del latín. El Sr. D. Jaime Perboyre no cedió tan pronto á sus instancias, aunque muy conformes á sus deseos interiores: *es muy necesario,* decía él sencillamente, *dejar alguno á sus padres, para que les ayuden á cultivar sus viñas.*

7. Habiendo venido por entonces el padre á buscar á su hijo, los profesores trataron de persuadirle con mucha fuerza á que le dejase estudiar, representándole que sería lástima condenar á los trabajos del campo á un joven ante el cual parecía abrirse un porvenir tan lleno de esperanzas. El padre, antes de consentir en esto, quiso saber lo que Juan Gabriel pensaba y cuál era su parecer sobre este punto. Mas el joven, comprendiendo toda la importancia de la cuestión que se le proponía, pidió algún tiempo para examinar en la presencia de Dios qué partido había de tomar; y el 16 de Junio de 1817 escribió á su padre: « Mi amado padre: después de iros de esta ciudad he reflexionado sobre la propuesta que me hicisteis de estudiar el latín. He consultado con Dios acerca del estado que debía abrazar para ir más seguramente al cielo. Después de muchas oraciones pienso que el Señor quiere que éntre en el estado eclesiástico. En su consecuencia he comenzado á estudiar el latín..... Bien conozco la necesidad que tenéis de la ayuda que yo os podría prestar; mi única pena es la de no poder aliviaros en vuestras grandes ocupaciones; pero, en fin, si Dios me llama al estado eclesiástico, no me es posible tomar otro rumbo para llegar á la eternidad

bienaventurada. » Esta carta, llena de sentimientos tan cristianos, acabó con las dudas del padre, el cual respondió inmediatamente que estaba dispuesto, no solamente á no poner obstáculos á su vocación, sino también á hacer todos los sacrificios necesarios y posibles para fomentarla.

8. Juan Gabriel, juzgándose dichoso de poder así corresponder al llamamiento del Señor, se aplicó con ardor á sus nuevos estudios, y á pesar de su edad relativamente avanzada, pues tenía más de quince años, hizo bien pronto en ellos rápidos progresos. Seis meses después de haber comenzado el latín, pudo ya entrar en la clase de tercer año, ganando en seguida el primer lugar. Por Pascua se le hizo subir al cuarto año, y como tambien obtuvo los primeros puestos, al comenzar el siguiente curso pasó á quinto, estudiando después la retórica, en donde obtuvo los más felices resultados.

9. No sobresalió menos por su conducta intachable, por su regularidad siempre ejemplar y por su piedad verdadera y sólida. Dejábanse ya ver en él en un grado no común aquellas virtudes de humildad, de caridad, de dulzura, de celo y de mortificación que más tarde habían de edificar tanto á los que estaban destinados á ser felices testigos de ellas. Por esta razón fué bien pronto para sus condiscípulos el objeto de una especie de veneración, al mismo tiempo que poseía la estimación y afecto de sus maestros. Lejos, sin embargo, de valerse para nada de estas ventajas, se miraba sinceramente como el último de todos, no buscando más que su propio anonadamiento y poner en práctica la máxima del libro de la Imitación, tan amada de las

almas humildes: *Ama el ser desconocido y reputado por nada: ama nesciri et pro nihilo reputari.* De la influencia que le daba su virtud sólo se servía para conducir á los otros al bien y para vacar más libremente á la oración, á lecturas piadosas y aun á la meditación, de la cual daba cuenta, cuando se la pedían, con una sencillez angelical.

10. El estudio de la Filosofía, á que se dedicó después de la Retórica, reveló en él nuevas y preciosas cualidades: un juicio muy recto unido á una grande facilidad de concebir, y un espíritu inclinado á la Metafísica que le permitía profundizar con rara penetración en las cuestiones más abstrusas.

Esta madurez precoz, acompañada de tanta virtud, determinó á su tío encargarle, por más que no había terminado aún sus estudios, el relevo de un profesor que acababa de salir de la casa, estando bien persuadido de que el joven filósofo estaría á la altura de su puesto. Su esperanza no salió fallida, pues el nuevo regente supo de tal modo conquistarse la estimación y afecto de sus discípulos, que éstos, treinta años después, no hablaban de Perboyre sino con lágrimas de ternura.

Sin embargo, preparábale insensiblemente la divina Providencia para una vida más perfecta, y la Congregación de la Misión no debía de tardar en abrirle sus puertas.

CAPÍTULO II

SU NOVICIADO, SUS VOTOS Y SUS ESTUDIOS TEOLÓGICOS

(1818 á 1823)

I. Primeros indicios de su vocación á la Congregación de la Misión. — 2. Consulta á Dios en la oración. — 3. Es admitido en la Congregación. — 4. Sus virtudes durante el Noviciado. — 5. Sus santos votos. — 6. Su ida á París: Acto admirable de desprendimiento. — 7. Sentimiento que deja en Montaubán. — 8. Feliz impresión que produce en la Casa-Madre. — 9. Su aplicación á los estudios teológicos. — 10. Sus progresos en la virtud.

1. Hemos ya manifestado en la infancia de Juan Gabriel su intenso amor á los pobres y el consuelo que experimentaba cuando podía socorrerlos. Este sentimiento creció mucho en él durante su permanencia en el Seminario menor, y con frecuencia se le veía privarse del desayuno ó de la merienda para llevársela á los mendigos que se hallaban á la puerta de la casa.

Hemos visto también que entre las vidas de los Santos, de las cuales hacía su lectura habitual, concedía especial preferencia á la de San Vicente de Paúl.

En fin, á pesar del velo de la humildad bajo el cual se esforzaba en permanecer escondido, pudo con frecuencia adivinarse el celo ardiente de que estaba abrasado su corazón por la salvación de las almas, especial-

mente de aquellas que están aun sepultadas en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Sucedió una vez al terminar su retórica, que en una composición literaria, leída con ocasión de la distribución de premios, se notó esta frase, en la cual se traslucían muy á pesar suyo los secretos deseos de su corazón: «¡Ah, qué bella es esta cruz plantada en medio de tierras infieles, y regada frecuentemente con la sangre de los Apóstoles de Jesucristo!»

Así es que á nadie le cogió de sorpresa, cuando manifestó su deseo de entrar en la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl, consagrada especialmente á la salvación de los pobres, y que cuenta un gran número de sus miembros ocupados en evangelizar á las naciones infieles.

Ya años antes, á consecuencia de un sermón de misión que había oído en 1817, había exclamado: «Yo quiero ser misionero.» Pero no se dió importancia alguna á esta declaración, en la cual se veía tan sólo la emoción pasajera de juvenil fantasía, bajo la impresión de una palabra ardiente y persuasiva. El resultado hizo ver que era la expresión de un rasgo serio y reflexivo, cuyo autor era el mismo Dios.

2. Sintiéndose, en efecto, interiormente cada día más impulsado por el deseo de entrar en la Congregación de la Misión y de ir á predicar la fe á los infieles del Imperio chino, quiso Juan Gabriel consultar con Dios este asunto en la oración. Al efecto, comenzó una novena en honor de San Francisco Javier, el grande Apóstol de los indios, la cual le confirmó en su piadoso designio. Entonzes abrió su corazón á su tío el Sr. Jaime Perboyre, quien al principio no dió

grande importancia á esta petición, mas bien pronto, convencido á su vez de que Dios le llamaba realmente á la familia de San Vicente de Paúl, solicitó de los Superiores y obtuvo su admisión en la Congregación.

3. En el mes de Diciembre de 1818 fué cuando Juan Gabriel vistió las pobres y santas libreas del misionero. La Congregación de la Misión, tan terriblemente atribulada en Francia por la tempestad revolucionaria, no había podido aún reconstituir en París su casa principal de una manera regular, ni restablecer su noviciado. Fué, pues, necesario autorizar á Juan Gabriel para que pasase en Montaubán al lado de su tío los dos años que preceden á los santos votos, á fin de entregarse allí del mejor modo posible á los ejercicios de piedad que la Congregación usa durante este tiempo de prueba.

No teniendo más que un solo compañero de noviciado, y obligado al mismo tiempo á terminar sus estudios de filosofía y á llenar los oficios de profesor que le estaban confiados en la casa, el joven novicio se hallaba en condiciones bien poco favorables para la formación religiosa de su espíritu. Mas Dios, que había puesto á su siervo en situación tan difícil, se encargó de formarle por sí mismo, y la acción de la gracia produjo tan felices resultados en esta alma dócil, que Juan Gabriel puede servir de modelo á los novicios más piadosos y fervientes.

4. Las virtudes que él practicó entonces en nada ceden á las de los bienaventurados Berchmans, Luis Gonzaga y Estanislao Kostka y de tantos otros santos á quienes la Iglesia honra y propone á la imitación de la juventud religiosa. No permitiendo los es-

trechos límites de este compendio hacer conocer los detalles edificantes, será preciso limitarnos á citar el testimonio de su compañero de noviciado, espíritu observador y sagaz, al cual jamás se escapaba nada que fuese irregular ó ridículo: « Mientras que yo viví con él, dice, fué constantemente el objeto de mi asombro y de mi admiración. Me complacía en considerarle y aun le espiaba muchas veces, y nunca pude encontrar en él cosa que fuese reprensible. Estaba yo de algún modo despechado al verle tan perfecto. Aun diré más, traté yo muchas veces de probarle, pero siempre le encontré invulnerable; y no creo que sea posible á un novicio elevarse á mayor altura de perfección. »

5. Así es que llegado el momento tan deseado de pronunciar los santos votos, pudo exclamar con el salmista: *Paratum cor meum: Deus, paratum cor meum; mi corazón está preparado: Señor, preparado está mi corazón* (Salmo 107, v. 2.). Sí; su corazón, tan perfectamente desprendido ya de las criaturas y de sí mismo, estaba dispuesto para este holocausto que consuma los votos de Pobreza, de Castidad y de Obediencia, y ardía en el deseo de consagrar su vida entera á la salvación de los pobres por medio del cuarto voto con que San Vicente de Paúl ha querido ligar á sus hijos.

El día 28 de Diciembre de 1820 tuvo la felicidad de ofrecer á Dios este sacrificio y de contraer con Jesús, Esposo de su alma, esta divina alianza, que más tarde había de sellar con su propia sangre como los Santos Inocentes, cuya fiesta se celebraba en ese día. Desde entonces esta fecha ocupó un lugar privilegiado entre las que le fueron más caras, pues

le traía á la memoria los más hermosos recuerdos.

6. Así unido definitivamente á la Congregación de la Misión, el Sr. Perboyre fué llamado á París para comenzar allí sus estudios teológicos, y su partida se señaló por un acto de desprendimiento, del cual rara vez es capaz un joven de diéz y nueve años. Conociendo su tío todo el afecto que profesaba á sus padres, le invitó á que fuera á visitarlos antes de partir; la cosa es tanto más fácil, cuanto que para ir á París tenía que pasar por Cahors, distante tan sólo tres horas de Puech. Mas este digno hijo de San Vicente respondió: «Nuestro bienaventurado Padre no fué más que una vez á ver á sus parientes y se arrepintió de ello; si vos me lo permitís, ofreceré á Dios este sacrificio.»

No tuvo el tío resolución para negarle este permiso. Pero sus padres, que no le habían visto hacía ya mucho tiempo, y que no sentían en sí generosidad tan heroica, fueron á verle á Cahors y pudieron estrecharle una vez más entre sus brazos. Como le instasen vivamente para obtener de él que pasara algunos días en el seno de la familia, y para resolverle más fácilmente á ello le mostrasen la vía que conduce á Puech: «no es ese el camino del cielo — respondió; — para ir al cielo es preciso hacer grandes sacrificios.» Y sustrayéndose á sus besos y á sus lágrimas, partió. ¡Qué bello espectáculo presentaba este joven al dejar tan generosamente lo que tenía más amado en la tierra, para ir á donde le llamaba Dios!

7. Quedaba en Montaubán inmenso vacío: profesores y discípulos, todos le echaban de menos como á un hermano, á un padre ó á un amigo, y lloraban su

partida como la de un ángel ó la de un santo, cuya vista edificaba á todo el mundo, y cuya presencia atraía sobre la casa toda suerte de bendiciones.

8. El tesoro que perdía Montaubán fué bien pronto apreciado por los que le recibieron en París; apenas habitó el Sr. Perboyre algunos días en la Casa-Madre, cuando ésta se vió llena del perfume de sus virtudes; todos estaban admirados de su piedad y de su angelical modestia.

9. No sorprendieron menos el ardor y aprovechamiento, con los cuales se aplicó al estudio de las ciencias eclesiásticas. Incapaz de contentarse con nociones superficiales, profundizaba las materias que estudiaba y se penetraba de ellas, de suerte que podía explicarlas y darse cuenta de ellas con claridad y precisión verdaderamente admirables. La fuente en donde con más placer bebía la ciencia sagrada eran los escritos de Santo Tomás de Aquino: estimaba la *Summa Theologica* como su libro favorito, y la doctrina de que ella está henchida no tardó en serle familiar.

El Doctor Angélico, no sólo era su maestro, sino también su modelo; á ejemplo suyo tenía grande horror á la vanagloria y al espíritu de disputa. El fin único de su estudio era agradar á Dios, procurar su gloria, y más tarde ser útil al prójimo. A imitación del Santo, sabía unir la oración con el estudio y buscar al pie de su crucifijo aquella luz divina y celestial unción que no se encuentran en los libros.

Por este medio evitaba un escollo, en el cual dan frecuentemente los jóvenes estudiosos que, por desgracia, pierden durante el curso de sus estudios parte del fervor que habían adquirido en el noviciado. Una apli-

cación demasiado asidua y no bien regulada disipa el espíritu, seca el corazón y debilita la piedad.

10. El Sr. Perboyre supo, por el contrario, aprovechar bien este tiempo para hacer nuevos progresos en la virtud; y un piadoso misionero, condiscípulo suyo, ha podido dar de él el siguiente testimonio: « yo encontré siempre en él durante ese tiempo un modelo perfecto de todas las virtudes. Percibíase á su alrededor un perfume de santidad que edificaba y excitaba á ser uno mejor. Nunca observé en él la menor imperfección; verdad es que algunas veces se acusaba de faltar á la mansedumbre, pero jamás pude conocer cuál era esa falta. Podrá decirse de él todo lo bueno que se quiera, mas no creo que sea posible exagerar. Nada había en él de extraordinario, pero tampoco había cosa alguna de defectuoso, y cuanto más se le consideraba y estudiaba, tanto más se admiraba uno de hallarle perfecto en todo y por todo »

CAPÍTULO III

SUS PRIMEROS EMPLEOS EN MONTDIDIER Y EN SAINT-FLOUR

(1823 á 1832)

1. Su primer año en Montdidier. — 2. Enseña la Filosofía — 3. Su amor á los pobres. — 4. Es llamado á París para recibir las Sagradas Órdenes. — 5. Và á enseñar Teología al Seminario mayor de Saint-Flour. — 6. Cualidades de su enseñanza. — 7. Cómo formaba en la virtud á sus discípulos. — 8. Admiración que inspiraba á sus comprofesores. — 9. Es nombrado Superior del Colegio eclesiástico de Saint-Flour. — 10. Dificultades que encuentra. — 11. Cómo las vence. — 12. Resultados obtenidos. — 13. Sus aptitudes para la educación de la juventud. — 14. Medios de que se sirve para salir bien de la empresa. — 15. Su llamamiento á París y vacío que deja en Saint-Flour. — 16. Muerte de su hermano Luis. Viaje á su familia.

1. Terminados sus estudios teológicos en 1823, el Sr. Perboyre cuando apenas tenía veintiún años recibió el Subdiaconado y fué enviado al colegio de Montdidier, donde permaneció dos años. En el primero se encargó de hacer la clase á los alumnos más jóvenes, cuyos corazones ganó bien pronto por su bondad, por su dulzura, por su piedad sencilla y por su inocente expansión. Aprovechó estas buenas disposiciones para establecer entre ellos una asociación piadosa, que puso bajo la invocación de los Santos Ángeles, y la cual produjo los más felices resultados.

2. En el año siguiente se le confiaron muy diferentes funciones, que desempeñó con igual fruto y edificación. Tuvo á su cargo la clase de Filosofía, la que supo hacer tan útil como interesante, sacando gran partido, así de los talentos que recibiera, como de la ciencia adquirida por medio de los estudios más sólidos.

3. El cuidado que ponía en la preparación de sus clases y en el cumplimiento exacto de las demás obligaciones de profesor no le impidieron encontrar el tiempo suficiente para ocuparse fuera de casa en favor de los pobres de la ciudad y de los prisioneros. Su amor á los miembros atribulados de Jesucristo le tornaba ingenioso para procurarles socorros, que por sí mismo les distribuía. En estas expediciones frecuentemente se hacía acompañar por alguno de sus discípulos, á quienes de este modo procuraba iniciar en la práctica de las obras de misericordia, y los cuales se disputaban el honor de hacer bajo maestro tan competente el aprendizaje de la caridad cristiana.

4. El Sr. Perboyre cumplía ya veinticuatro años, y los Superiores juzgaron conveniente llamarle á París para que recibiese el Presbiterado. Esta noticia le llenó al mismo tiempo de gozo y de temor. En efecto; por una parte se regocijaba con el pensamiento de subir cada día al altar para ofrecer en él la Víctima Santa, y alimentarse con el pan de los Angeles; por otra, conociendo toda la santidad que exige tan augusto Ministerio y juzgándose completamente indigno de él, temía no llevar á la ordenación las disposiciones convenientes. Estos humildes sentimientos prepararon mejor su alma para las gracias del Sacerdocio, que recibió el

23 de Septiembre de 1825, en la Capilla de la Casa-Madre de las Hijas de la Caridad. Y ¡coincidencia digna de notarse! en el mismo día de 1600 fué también San Vicente ordenado en Chateauleveque por el señor Obispo de Perigneux. Sólo Dios y los Santos Ángeles, que fueron testigos de este acontecimiento, podrían decirnos la perfección de las disposiciones interiores del joven ordenando, y el fervor con que el nuevo Presbítero celebró su primera Misa al día siguiente de su ordenación. Mas lo que sí podemos afirmar es que, á partir de este momento, se le vió trabajar con más ardor aun en su perfección, despojarse cada día más y más del hombre viejo para revestirse del nuevo y realizar en sí del modo que es posible á Jesucristo, ideal del Presbítero: *Sacerdos alter Christus.*

5. El Sr. Perboyre fué llamado desde entonces á comunicar á otros el espíritu sacerdotal de que procuraba llenarse, trabajando en la formación del Clero. Nombrado Director y Profesor de Teología dogmática en el Seminario mayor de Saint-Flour, desempeñó perfectamente su cargo, á pesar de sus pocos años.

6. Sus enseñanzas fueron tanto más agradables y fructuosas, cuanto que predicaba principalmente con el ejemplo, viéndose en él un modelo el más acabado de la ciencia y virtudes eclesiásticas. Complacíase su espíritu elevado en las alturas del dogma católico, y lo exponía con suma claridad y rara precisión. Sabía también derramar sobre las cuestiones más abstrusas un cierto encanto y un interés que lo despojaba á los ojos de sus oyentes de su ordinaria aridez y fastidio. Esmerábase, sobre todo, en hacer su enseñanza verdaderamente práctica, hallando siempre en las mate-

rias que explicaba un nuevo alimento para su piedad y para la de sus discípulos.

7. Estos, pues, al mismo tiempo que recabar el estudio de la Teología, podían también adelantar en la ciencia de los santos. Aquéllos empero que le habían elegido para guía de su conducta, que eran muchos, formaba particular objeto de su celo sacerdotal. El afecto cordialísimo y verdaderamente cristiano que les profesaba, la dulce firmeza con que los conducía por el camino de la virtud; en una palabra, la dirección prudente, ilustrada y paternal que encontraban en él, todas estas bellísimas cualidades producían en sus dirigidos tan grande amor y veneración, que le miraban como á un ángel bajado del cielo. Es que efectivamente había en el fiel siervo del Señor algo de angelical, y como una aureola de santidad que aparecía especialmente cuando celebraba los santos misterios; al verle en el altar santo, sentíase uno interiormente movido á decir lo que se decía de San Vicente de Paúl: « He ahí un Presbítero que dice bien la Misa. »

8. De la admiración que inspiraba á sus discípulos participaban también sus comprofesores, testigos diarios de sus virtudes. Así exclamaba en cierto día uno de ellos: « ¡Ah! *El Sr. Perboyre es un santo, y un santo extraordinario que sin duda ha conservado siempre la inocencia bautismal.* » Por esto todos sintieron mucho su partida, cuando la obediencia, al terminar el año escolar, se lo arrancó á su estimación y afecto, para llamarle á ejercer su celo sobre un nuevo campo.

9. Había á la sazón en Saint-Flour un Colegio eclesiástico fundado hacía pocos años, que más tarde había de convertirse en el actual Seminario menor, y

el cual hasta entonces no se había conservado sino con mucha dificultad. Su desarrollo encontraba grandes obstáculos y dificultades de todo género, y hasta su misma existencia estaba amenazada de ruina. Después de muchos ensayos infructuosos hechos sucesivamente para salvar su comprometida situación, pusieron los Superiores los ojos en el profesor del Seminario mayor, y resolvieron colocarle al frente del establecimiento, no obstante sus pocos años. Los resultados manifestaron claramente que la Providencia había presidido esta elección.

10. El Sr. Perboyre tomó posesión de ese nuevo cargo á fines del año 1827. Todo era capaz de producir desaliento en un hombre menos acostumbrado que él á contar con el auxilio de Dios: en el interior, juntamente con la falta de recursos daba con alumnos bien poco acostumbrados á la disciplina; en el exterior, abundaban las enemistades ó las prevenciones; aun entre las mismas personas simpáticas á la comunidad notábanse aprehensiones y recelos que parecían quedar justificados por la edad juvenil del nuevo Superior. Pero sabiendo, según la expresión de San Vicente, que « jamás nos abandona la Providencia en las empresas acometidas por disposición de su divino beneplácito, » el Sr. Perboyre no desmayó entre tantas dificultades. Estas hicieron aumentar su confianza, porque cuanta mayor desproporción veía entre la grandeza de la empresa y los medios humanos de que disponía, más pensaba que podría contar con aquel Señor que se complace en aplicar los instrumentos más debiles para sus mejores obras.

11. Esta confianza, sin embargo, no era presuntuo-

sa; y así el Sr. Perboyre, contando siempre para el resultado con el Divino auxilio, no se dispensaba de hacer cuanto estuviera de su parte por conseguirlo. Merced á una santa vigilancia, que cuidaba mucho no se tornase odiosa, estaba al tanto de todo cuanto sucedía en su casa. Todo lo que marchaba al corriente era por él alentado y secundado; pero en cuanto al mal, combatido con tal sabiduría y prudencia, con tal dulzura y firmeza, que sin herir los corazones, nada, ni nadie resistía á sus santos deseos.

12. Su afecto paternal hacia todos, así maestros como discípulos, le ganó bien pronto sus corazones, haciéndole fácil el ejercicio de su autoridad, y se aprovechaba de este dulce ascendiente para reformar con suavidad los abusos y transformar poco á poco el establecimiento, que pronto llegó á estar desconocido. La oposición de fuera y de dentro fueron desarmadas por su mansedumbre y humildad. Los padres, olvidando la juventud del Superior, no vieron en él más que un santo sacerdote y un maestro hábil y digno de toda su confianza: y los discípulos, á quienes encontró bastante indisciplinados, pronto se tornaron manejables y dóciles. Hasta su número se aumentó rápidamente, pues no pasando de treinta cuando él llegó, al principiar el siguiente curso subieron á más de ciento. Los recursos temporales también se aumentaron, gracias á su prudente y sabia administración. En fin, sus compañeros, colocados en tan buena escuela, se formaron bien pronto en el arte tan difícil de la educación.

13. Tenía en efecto el venerable Perboyre aptitudes muy especiales para educar á la juventud. De tal ma-

nera trataba á cada uno de sus alumnos, que tenía muy en cuenta las diferencias de edad, carácter y temperamento. Conocía bien los corazones, y así tocaba sus fibras más sensibles, para obtener los efectos que pretendía. Bastábale frecuentemente un movimiento, un gesto, una mirada, para ser comprendido, para humillar el orgullo indomable, ó para excitar saludables remordimientos en una conciencia culpable. Para no citar más que un ejemplo, sucedió que cierto escolar de la casa llegó á hacerse tan díscolo, que sus profesores, después de haber agotado todos los medios para reducirle á buen camino, resolvieron solicitar su expulsión; mas el Sr. Perboyre quiso por sí mismo procurar su enmienda antes de realizar tales deseos; y lo consiguió con tal eficacia, que en poco tiempo fué aquel joven el modelo del establecimiento.

14. Verdad es que para obtener resultados semejantes empleaba medios, cuyo secreto solamente poseen los santos. Hizo un día llamar á su cuarto á un joven culpable; y después de haber usado con él bien inútilmente el lenguaje de la dulzura, y de una justa severidad, tomó repentinamente el crucifijo, y con el acento de indecible pena exclama: amigo mío, qué de penas me haces pasar á los pies de Jesús en la Cruz! Todo quedó concluído, pues el joven no pudo resistir á semejante lenguaje, y así pidió perdón y cambió de conducta. Otras veces se ponía de rodillas ante el crucifijo, y se ofrecía á sí mismo en nombre del culpable á quien quería ganar, y entrando éste en aquellos sentimientos manifestados con tanta persuasión salía de su presencia con las lágrimas en los ojos y con el arrepentimienlo en el corazón. En fin, el

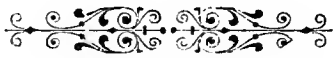
primero y último de sus medios, y el que á todos los otros acompañaba era la oración. Dando cuenta un día del modo con que hacía la oración: « Comienzo, dijo, por humillarme delante de Dios; después reflexiono sobre mis propias necesidades y sobre las de los profesores y discípulos, y de todos los que componen la casa; y luego suplico al Señor que conceda á cada uno lo que más falta le hace.» Estas súplicas no podían menos de atraer sobre el establecimiento las más abundantes gracias, y durante el tiempo que el siervo de Dios permaneció en él, Dios le bendijo de una manera visible.

15. Mas este tiempo fué demasiado corto, atendidos los deseos de aquellos que vivían en su santa y amable compañía. Cuando pasados cinco años le llamaron sus Superiores á París, hubo en Saint-Flour un duelo universal: padres y jóvenes, sacerdotes de la casa y de fuera, todo el mundo le lloraba como á un padre y á un amigo y hermano, y su elogio salía de los labios de todos: «Si tuviera yo que notar los defectos que en él he observado, decía uno de sus compañeros, me hallaría muy embarazado, porque jamás descubrí en él ni sombra de imperfección.» Y el Superior del Seminario mayor, á quien él tomó por guía de su conciencia, hombre asaz hábil para discernir el mérito, decía de él: «El Sr. Perboyre es el hombre más cumplido que yo conozco.» Así es que el Sr. Obispo de Saint-Flour, el cual atendía mucho sus consejos, no consintió que partiera sino con mucha repugnancia. En cuanto al venerable sacerdote, como no tenía otra aspiración que la de conformarse con la divina voluntad, cuya fiel expresión veía en la de sus

Superiores, recibió la nueva de su cambio con perfecta igualdad de ánimo. Estaba, por otra parte, bien persuadido de que cualquiera que le sustituyese llenaría más útilmente aquel puesto, que consideraba como muy superior á sus fuerzas. En ese mismo sentido había escrito ya él á los Superiores, insistiendo particularmente en el mal estado de su salud, y esto fué únicamente lo que les hizo tomar en consideración las humildes instancias del joven Superior.

16. Eran entonces las vacaciones de 1832, y el siervo de Dios creyó necesario pasar algunos días en el seno de la familia para consolar á sus padres en una gran pena que sufrían. Su hermano Luis, á quien mucho amaba, y que como él había entrado en la Congregación de la Misión, acababa de morir en camino para la China, á donde se dirigía con el fin de predicar allí el Santo Evangelio á los infieles, pérdida bien dolorosa que partió su corazón amante, pero no logró abatirle. Supo disimular tan bien á los ojos de los suyos la honda pena que él sentía, que les persuadió á regocijarse por este acontecimiento, como por un gran favor del cielo, puesto que el joven apóstol, les decía, había tenido la dicha de morir con la muerte de los santos, que es preciosa delante del Señor.

Al volver de este viaje, inspirado y santificado por la caridad, fué cuando recibió el aviso de pasar á la Casa-Madre, y tan pronto como sencillo en la obediencia, tomó inmediatamente el camino de París.



CAPÍTULO IV

EL SR. PERBOYRE DESEMPEÑA EN PARÍS EL OFICIO DE DIRECTOR DEL SEMINARIO INTERNO; SU VOCACIÓN Á LA CHINA

1. Se ocupa en la dirección de los novicios. — 2. Frutos que produce en este empleo. — 3. Testimonio que da de él el Sr. Girard. — 4. Es arrebatado en éxtasis. — 5. Su deseo ardiente de ir á la China. — 6. Su falta de salud impide que se realice. — 7. Redobla sus oraciones. — 8. Suplica al Superior que le envíe. — 9. Acaba por obtenerlo contra toda esperanza. — 10. Despedida de los novicios y demás compañeros.

1. Las preciosas aptitudes de que el Sr. Perboyre había dado muestras para la formación de la juventud, igualmente que su ciencia y virtud nada ordinarias, inspiraron á los Superiores la idea de emplearle en la dirección del noviciado de la Casa-Madre.

Apenas llegó, pues, á París, cuando recibió el encargo de ayudar y aun de sustituir al que por su edad y achaques no podía ya desempeñar las funciones de director del Seminario interno (tal es el nombre que San Vicente ha dado al noviciado de su Congregación).

2. En este cargo tan importante y honroso no vió el humilde subdirector más que un nuevo motivo para rebajarse á sus propios ojos, para penetrarse de su nada, y para implorar con mayor fervor la ayuda de Dios. Por esto la bendición que lo había acompañado

en los precedentes empleos fué también visible en éste; aplicóse á él con un celo tan ardiente como sabio é ilustrado, siendo coronados sus esfuerzos con los más halagüeños resultados. Bajo la influencia de sus ejemplos, más aun que de la de su palabra, y eso que era tan sólida y persuasiva, el Seminario interno llegó á ser como un nuevo cenáculo. Reinaba en él la regularidad y el fervor más ejemplares, y abundaban las virtudes que forman los apóstoles.

3. Nadie se admirará de esto cuando haya leído el testimonio de uno de sus antiguos novicios, el buen Sr. José Girard, que después llegó á ser como el Patriarca del clero de Argel, amado y venerado de todos y muerto piadosamente en el Señor el año 1879. Puede bien asegurarse que es un santo el que da testimonio de otro santo.

« Tenía, dice, yo muchos deseos de ver un santo antes de morir; esta idea me vino leyendo las vidas de los santos, y pensaba que sus historiadores no habían sido otra cosa que sus apologistas, que se habían esforzado en esconder sus defectos para hacer de ellos personajes sin tacha y sin imperfecciones. Había encontrado hombres estimados por su verdadero mérito; mas á todos faltaba alguna cosa para asemejarse á los santos canonizados por la Iglesia. Por fin, conocí al Sr. Perboyre en 1834, en el mes de Octubre. Desde el principio todo me llamaba en él la atención; estudiéle y pronto dí gracias al Señor porque me había concedido el ver á un santo antes de morir. Esto mismo decía yo á mis amigos de París, los cuales, sin embargo, no le conocían; ahora ya conozco á un santo, y á un santo que vive aún. El Sr. Perboyre lleva-

ba en el Seminario la vida de un verdadero santo; la primera vez que le ví me causó una impresión muy singular. Hallábase al lado del Sr. Etienne, pero con una sotana tan pobre, aunque limpia, con un continente tan modesto y humilde, que yo le tomé por el último individuo de la casa.

» Salido de la presencia del Sr. Etienne permitíme preguntar á éste quién era aquel sacerdote; y me respondió que era el director del noviciado. Me costó creerlo, porque no veía en su persona nada de imponente; pero hice particular estudio para conocer á un hombre tan pobre, el cual ocupaba tan importante empleo, y hallé que toda su hermosura era interior.

» Casi siempre vestía las más pobres ropas del Seminario; de modo que al verle tan olvidado de sí mismo no había seminarista que osase manifestar el menor descontento de su vestido.

» Tenía la costumbre de explicarnos los lunes las cartas de San Pablo con mucha profundidad, y cual si fuera el mismo San Pablo explicando el Evangelio de Jesucristo. Jesucristo era el objeto ordinario de sus discursos; mas tenía pensamientos tan profundos, que había de limitarse á explicar cada vez un solo versículo.

» Era en todas las cosas un hombre de Dios y hombre profundo, cuyo exterior no llamaba la atención. Ocultábase como naturalmente, y llevado del sentimiento profundamente íntimo de su incapacidad. Cuando se le proponía alguna cuestión sobre puntos delicados, no se precipitaba en responder, antes bien aparentaba no tener á mano respuestas proporcionadas á las preguntas: las elaboraba todas en su buen

criterio y en la oración. De aquí es que sus palabras estaban llenas de sabiduría y libres de todo defecto. Dulce, firme y constante, caminaba á sus fines sin aparato, y era su paciencia invencible. Hablaba poco, casi nunca del prójimo, y cuando lo hacía, para bien de éste, y frecuentemente de Dios, y jamás de sí mismo.

» Lo que más admiraba en el siervo de Dios era el no tener defectos: pasó por muchas casas, vivió con muchos compañeros, y sin embargo, á cualquiera que se le pregunte sobre esto, responderá como todos los demás: que no tenía faltas. »

4. Otro novicio, M. A., superior hoy de un establecimiento, fué un día testigo de uno de los favores más excepcionales con que place á Dios honrar algunas veces á sus santos. Ayudábale á misa, cuando al tiempo de la consagración le vió elevarse sobre la tierra y ser arrebatado en éxtasis. Acabado el Santo Sacrificio, quedó el siervo de Dios muy alarmado en su humildad, temiendo que el joven clérigo revelase lo que había visto. Por lo cual, al volver á la sacristía hízole prometer el secreto más inviolable: « Os prohibo, le dijo, que digáis á nadie mientras yo viva lo que acabáis de ver. »

Así lo cumplió el feliz testigo mientras vivió el señor Perboyre: *etenim sacramentum regis abscondere bonum est:* mas una vez muerto, exigía la gloria de Dios que se publicasen sus operaciones maravillosas: *opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est* (Tob., XII, 7), y así poseemos esta nueva prueba de la santidad ya eminente del humilde director del Seminario interno.

5. Un maestro tan cumplido era muy propio para formar hombres apostólicos, y Dios en efecto le concedió ver un gran número de ellos, los cuales salidos de sus manos fueron á los últimos confines del mundo á predicar la buena nueva, y traer al camino de la salvación á las almas extraviadas. Mas resultados tan felices, que estaba muy lejos de atribuirse á sí mismo, no podían dejar satisfecha á su santa y generosa ambición; quería pagar un tributo más inmediato y más personal á las misiones lejanas y regar con su propio sudor y hasta con su sangre las tierras infieles. Este deseo había sido el primer móvil de su vocación al estado eclesiástico, y la razón determinante de su entrada en la Congregación de la Misión. El pensamiento del martirio, sobre todo, inflamaba su corazón generoso, y la esperanza de hallarle más fácilmente en la China le hacía desear vivamente ser enviado allá. Por esta razón se complacía mucho en hablar del Sr. Clet, otro hijo de San Vicente muerto por la fe en aquellas comarcas quince años antes, el 17 de Febrero de 1820. « Qué fin tan hermoso el del Sr. Clet, decía á uno de sus novicios; pedid mucho á Dios para que yo acabe como él. » Habiendo reunido un día á los seminaristas en la sala de las conferencias, mostróles una cuerda y un hábito ensangrentado, y les dijo, todo enardecido: « He aquí el hábito de un mártir, el hábito del Sr. Clet; he aquí la cuerda con que fué estrangulado; ¡qué dicha sería la nuestra si un día nos cupiera la misma suerte! » Después, tomando al salir de esta reunión á uno de sus novicios, le dijo: « Pedid, pues, á Dios que se fortalezca mi salud, y que pueda ir á la China, á fin de

predicar allí á Jesucristo y morir por este Señor. »

6. Su salud; tal era el obstáculo que al parecer había de impedir para siempre la realización de sus santos deseos. Hacía ya muchos años que la tenía muy quebrantada, y todo inducía á temer que si partía para la China le sucedería lo que á su hermano Luis, esto es, que no podría soportar las fatigas del viaje, y que moriría antes de llegar al término.

Por esto los Superiores nunca creyeron conveniente acceder á sus instancias. El Sr. Perboyre se hallaba muy contrariado en esto; pero lejos de inculpar á nadie atribuíalo solamente á sus pecados, y continuaba alimentando la esperanza de ver un día despachada favorablemente su petición.

7. A principios de 1835, pareció á los ojos de sus novicios hallarse como absorto por alguna grave preocupación. Su frente, de ordinario tan serena, se dejaba ver obscurecida por alguna nube; sus oraciones eran más frecuentes y más prolongadas. Es que acababa de saber la próxima salida para la China de algunos misioneros, entre los cuales no se hallaba él. El que hacía ya muchos años pedía á Dios en la santa Misa, al tiempo mismo de la Consagración, la gracia de derramar su sangre por Jesucristo, no podía ver sin pena escapársele esta nueva ocasión, y se esforzaba en hacer violencia al cielo, para obtener la realización de sus fervorosos deseos.

8. Por fin, un día, interiormente impulsado por la gracia, va á echarse á los pies del Superior general, y le conjura con los ojos bañados en lágrimas que no le impida ir á la China, á donde Dios, al parecer, le llamaba. Profundamente conmovido el venerable Su-

perior, levántale, le promete dejarle partir, si su consejo, con quien al efecto iba á consultar el asunto, se mostraba favorable á sus deseos. Pero la mayor parte de los consultores opinó que sería grande imprudencia dejar partir al Sr. Perboyre, atendido el estado de salud; que sería eso enviarle á una muerte segura, y que, al fin y al cabo, hacía en Francia tanto ó más bien que podría hacer en China. Solamente el señor Etienne, Procurador general entonces de la Congregación, se inclinó á un parecer diferente, suplicando que respecto de la cuestión de salud, se estuviese al parecer del médico de la casa. Este consultado, declaró desde luego que si el Sr. Perboyre partía, corría mucho peligro de morir en el camino. Esta respuesta desvaneció toda duda y fué resuelto que permaneciese.

9. Era, sin embargo, la víspera de la Purificación de la Santísima Virgen, y nuestro futuro mártir conjuró á María, á la cual llamaba su buena Madre, que no le abandonase en circunstancias tan críticas, antes bien que intercediese con su divino Hijo, en cuyas manos están los corazones de los hombres, para obtener la revocación de lo dispuesto. Y ¡cosa notable! en aquel mismo día el médico, sin que nadie le hablase del asunto, se arrepintió del parecer que había dado; no pudo pegar los ojos en toda la noche, ni le fué posible hallar alguna tranquilidad hasta que determinó retractarse de lo que había dicho. En efecto, al día siguiente fué á San Lázaro á fin de manifestar que por su parte no se opondría ya á la partida del Sr. Perboyre, respecto del cual, no solamente no veía peligro de muerte en el viaje, sino que aun esperaba que éste influiría favorablemente para el recobro de su salud.

Los miembros del consejo cambiaron de parecer en vista de este dictamen, y finalmente, el Sr. Perboyre obtuvo el permiso tan deseado.

Su gozo fué grande, pero tranquilo y verdaderamente sobrenatural. Comenzó por manifestar su agradecimiento á Dios y á la Santísima Virgen, á cuya poderosa intercesión atribuía el feliz éxito del asunto. Después escribió á su tío y á sus padres, para exhortarles á que hiciesen gustosos este nuevo sacrificio, mucho más penoso, por cuanto había tomado la heroica resolución de no ir á despedirse de ellos antes de partir. Ocupóse, por fin, en hacer tranquilamente los preparativos de su viaje, el principal de los cuales fué hacer una confesión general practicada con el mayor cuidado.

10. Señalado ya el día de la partida, los novicios deseaban oir una vez más, que había de ser la última, á un director tan justamente venerado, tan tiernamente amado, y recibir la última bendición de aquél á quien todos seguirían con mucho gusto, y en el cual veían ya un apóstol y, quizás, á un mártir. Mas apenas había pronunciado algunas palabras, cuando una fuerte emoción, hija más bien de su humildad que del sentimiento por la separación, ahogó su voz. Descendió de su cátedra penetrado del profundo sentimiento de su nada y de sus miserias; después, postrado en medio de la sala delante de los seminaristas, les pidió perdón de los malos ejemplos que les había dado, y de todas las negligencias de que, según él, era culpable en el ejercicio de su cargo. Los espectadores de escena tan tierna sólo pudieron contestar con sus lágrimas, y cayendo de rodillas pidieron su bendición al humilde

misionero. Cediendo éste á sus instancias, bendíjoles con paternal afecto, y después de algunas palabras tan sencillas como amistosas, se despidió encomendándose á sus oraciones y prometiéndoles que no les olvidaría delante de Dios.

No fueron menos tiernas sus despedidas de los demás miembros de la Casa-Madre. Todos bajaron hasta el patio de salida, á fin de recibir su bendición. El mismo Superior general, el venerable Sr. Salhorgne bajó también, á pesar de sus achaques, deseando apretar contra su corazón por última vez al generoso apóstol, y darle públicamente una prueba tan merecida de su estimación y paternal afecto. Todo el mundo lloraba y se encomendaba á las oraciones del santo misionero. Pero era preciso separarse, y el Sr. Perboyre se encaminó al Havre en compañía de otros dos misioneros jóvenes, con los cuales iba á embarcarse para la China.

CAPÍTULO V

SU VIAJE DESDE EL HAVRE Á MACAO Y DE MACAO Á SU DESTINO

(1835-1836)

1. Salida para el Havre, y comienzo de su travesía. — 2. Violenta tempestad que se levanta. — 3. Su salud, ocupaciones y virtudes que practica durante su travesía. — 4. Detiénese en Java. — 5. Llegada á Macao. — 6. Acogida que le dispensan sus compañeros; mutua edificación. — 7. Estudio del chino. — 8. Santa indiferencia. — 9. Salida de Macao. — 10. Atraviesa la provincia de Kiang-Si. — 11. Se detiene en Hou-Pé no lejos del sepulcro del venerable Clet. — 12 Consuelos y dificultades del viaje. — 13. Llegada á Nan-Yang-Fou; su destino á Ho-Nan

1. Habiendo llegado al Havre el 16 de Marzo de 1835, el Sr. Perboyre se embarcó con dos Sacerdotes compañeros suyos, y con otros cinco de las Misiones extranjeras el viernes siguiente en el *Edmond,* navío francés que partía para Java y que levantó anclas el día siguiente. El día 21 de Marzo, pues, que cayó en sábado, poniéndose bajo los auspicios de la Santísima Virgen, dejó las playas de la Francia, con un gozo tranquilo y dulce, que la gracia sola sabe inspirar. « Yo admiraba, dice él mismo en una relación de su viaje á Batavia, aquellas disposiciones que Dios nos había concedido, cuando un recuerdo tierno y apacible, como un pensamiento que desciende del cielo, preocupó repentinamente mi espíritu. Tal era el re-

cuerdo de que no hacía aun cinco años, mi amado hermano Luis se había embarcado en el mismo puerto para hacer el mismo viaje que nosotros comenzábamos, habiendo recibido su recompensa y corona antes de llegar al término de sus deseos. Sentíme interiormente movido á colocar debajo de su protección nuestra travesía; elevóse luego mi alma hacia él con mucha confianza, y mis ojos se inundaron de lágrimas, pero dulces y deliciosas. » No le abandonó este recuerdo, y escribiendo á su tío le decía: « No podía yo dirigirme á la China sin pensar frecuentemente en mi querido Luis; complacíame en considerarle haciendo rumbo delante de nosotros, é indicando el camino que yo había de seguir. Pero ¡ah! como la estrella que conducía á los magos, desapareció en medio del camino..... ¡Oh, qué gozo tan incomparable experimentaré cuando le vea resplandeciendo con nueva y hermosa claridad y mostrándome al divino rey Jesús. »

Los primeros días de travesía fueron un tanto pesados; la fuerza del viento, aunque favorable, de tal modo agitaba el navío, que los nuevos pasajeros, asaz molestados, hubieron de pagar su tributo al mar. Pero desde el octavo día, frente á la Isla de la Madera, se restableció la calma y los misioneros pudieron decir la Santa Misa, cada uno á su turno, casi todos los domingos y días festivos. « Cuán feliz se halla uno, escribe en la mencionada relación, en este vasto desierto del Océano cuando puede de tiempo en tiempo estar en compañía de nuestro Señor..... » « Nuestro Señor al descender á nuestros corazones, dice en otra carta á un sobrino suyo, nos hacía olvidar todas las penas y fatigas pasadas, y parecíanos que cuanto hacíamos

por él era nada en comparación de lo que él había hecho por nosotros. » El día de Pascua, 19 de Abril, atravesaban el Ecuador y un mes después doblaban sin dificultad el Cabo de Buena Esperanza.

2. Pero poco tiempo después, el último día del mes de María, experimentaron violentísima tempestad, de la cual sólo se libraron por la visible protección de la Santísima Virgen. He aquí cómo se explica el mismo venerable en la carta ya citada: « El 31 de Mayo, entre 60° y 70° de longitud oriental, hacia la Isla de Amsterdam, experimentamos violenta tempestad. Nuestro capitán, que anda á bordo hace ya treinta y seis años, jamás la había visto tan terrible. Su mayor intensidad duró doce horas; enormes ondas subían hasta por cima de los mástiles y caían sobre el puente, en donde hacían rodar de una parte á otra en confusa mezcolanza, hombres, jaulas de gallinas, y todo lo que no estaba bien amarrado. Una de ellas, después de dar tan violenta sacudida al flanco del navío que todo su lastre se fué á un lado de la cala, llevó en pos de sí y arrojó sobre el toldo á los dos hombres que tenían el gobernalle y que felizmente no experimentaron otro mal, arrastrando consigo una barquilla que no se volvió á ver. Las altas montañas formadas por espumosas olas, que á cada instante se elevaban hasta lo más alto por delante y por detrás de nosotros, al sepultarnos en los profundos abismos, parecían al mismo tiempo espantosas y admirables y nos obligaban á exclamar con el profeta: *Mirabiles elationes maris, mirabilis in altis Dominus*. Admirables son las ondas del mar; admirable es el Señor en el cielo. Sin embargo de esto, poseíamos en paz nuestra alma, abandonándonos dulce-

mente en las manos de aquel Señor, que conduce á las puertas del sepulcro, para librar de ellas, y que nos concedió la gracia de que saliéramos todos sanos y salvos de tan terrible crisis. Por la noche todos los misioneros rezaron las letanías de la Virgen, el *Ave, maris stella*, y la oración *Oh María, sin pecado concebida; rogad por nosotros que recurrimos á Vos.* »

Esta tempestad fué el único acontecimiento notable que alteró la monotonía de la navegación entre Francia y Java. El martes 27 de Junio entraba el buque en el estrecho de la Sonda, y el viernes siguiente llegaba á Batavia.

3. La salud del Sr. Perboyre, que al tiempo de su partida inspiraba tan serios temores, nada tuvo que sufrir del viaje: soportó sin grande fatiga los rigores del vómito y el calor extremado de la zona tórrida. El cambio de aire hasta pareció haberle hecho mucho bien y se encontró menos molestado de ciertas indisposiciones que le aquejaban hacía ya muchos años. Así se cumplió la palabra del médico, que contra toda humana previsión le abrió el camino de la China.

Estos tres primeros meses de navegación no fueron inútiles para el fervoroso misionero, el cual supo distribuir entre la oración y el estudio el tiempo de que le permitían disponer las incomodidades del viaje. La lectura de la vida de San Vicente de Paúl era su ocupación principal y servíase de todo para elevarse á Dios, cuya imagen parecíale ver en la inmensidad del Océano. Esto escribía á su hermano el 1.° de Julio: « Antes de haber navegado no podía yo pensar en la mar sin un secreto espanto; pero después que me embarqué, ni la inmensidad de su extensión, ni la pro-

fundidad de sus abismos, ni la agitación de sus olas me han causado el menor susto. Así también después de haber temido tanto el comparecer ante Dios, hemos de gozar un día en su amoroso seno de un reposo incomparable hasta entonces desconocido.» Nunca se permitía conversaciones inútiles, sino que siempre se le veía ó arrodillado en su gabinete, ó sentado sobre cubierta con un libro en la mano, ó meditando sobre el grandioso espectáculo que se ofrecía á su vista, ó dirigiendo á los marineros palabras de vida eterna, que ellos oían con grande respeto. Notábase especialmente el ánimo con que sufría el vómito que terriblemente le acometió en las primeras semanas de navegación. Los que lo han experimentado saben á qué estado de postración conduce ese mal, y conocerán qué esfuerzos hubo de hacer el siervo de Dios sometido á sus malignas influencias, para no acostarse nunca durante el día, ni á pesar de él interrumpir sus estudios y ejercicios de piedad. No es de extrañar, pues, que fuese la admiración de toda la tripulación, la cual exclamaba: «Este es un verdadero Santo.»

4. Llegados á Batavia, en la isla de Java, los misioneros dejaron el *Edmond* para subir á bordo del *Royal-Georges,* navío inglés que iba con rumbo á Macao. Levantaron anclas el 5 de Julio para ir á tomar cargamento en la parte oriental de la isla, en el puerto de Surabaya. Habiendo aportado allí al 14 de Julio, fué preciso permanecer tres semanas en este puerto, tiempo que los piadosos misioneros supieron aprovechar muy útilmente tomando tierra para decir Misa, y ocupándose á bordo lo demás del tiempo, como podrían hacerlo en su celda los religiosos más observantes.

5. Por fin, habiendo salido el Sr. Perboyre de Surabaya el día 7 de Agosto, abordó á Macao el 29 del mismo, sábado y día en que la Iglesia celebra el martirio de su augusto Patrón San Juan Bautista. ¿No era esto un presagio para él de la gloriosa muerte que le esperaba en la nueva tierra donde ponía sus pies?

Grande fué su gozo al verse, por fin, en el término de sus deseos, y pocos días después de su desembarco escribía, el 9 de Septiembre, al Sr. Le Go, uno de los asistentes de la Congregación:

«Heme aquí; tal es la primera palabra por la cual he de comenzar á dar señales de mi vida en Macao. Sí, heme aquí; y bendito sea el Señor por haberme conducido y traído aquí Él mismo: *Si sumpsero pennas meas diluculo et habítavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me et tenebit me dextera tua.* Si cada día tomare yo mis alas para ir á vivir en las extremidades de los mares, vuestra mano poderosa será, Señor, la que allí me conducirá, vuestra mano poderosa me sostendrá..... Aunque estábamos dispuestos á emprender una navegación cien veces más larga, si tal fuera el orden de la obediencia, os aseguro, no obstante, que hemos sentido grande satisfacción al ver terminado nuestro viaje, y que nuestros corazones se han holgado mucho al poner el pie en esta tierra, por la cual tanto tiempo hace suspirábamos.»

6. El santo misionero fué recibido en Macao del modo más afectuoso por sus compañeros de Congregación y por el Superior de éstos, Sr. Torrette, que había recibido juntamente con él el presbiterado. Obligado á permanecer en esta ciudad por algunos meses á fin de instruirse en la lengua y usos de los

chinos, empleó el tiempo en la santificación de su alma, é hizo una especie de ejercicios espirituales bien largos. Esto es lo que escribía á París al que le había sucedido en el cargo de Director del noviciado: «Aunque la divina bondad nos ha concedido muchas gracias espirituales durante nuestra larga navegación, sin embargo, hemos reconocido la verdad de esta máxima: «rara vez se santifican los que mucho peregrinan. *Qui multum peregrinantur raro sanctificantur.*» Teníamos, pues, necesidad, antes de comenzar nuestra campaña en la China, de recogernos un poco en la soledad, y de sacar de ella nuevas fuerzas para el alma, más que para el cuerpo. El buen espíritu y el fervor que reinan en nuestro Seminario chino han renovado en nosotros toda la satisfacción que nos proporcionaba el de París. Aquí, como allí, la sencillez y la piedad, la modestia y la dulzura, la humildad y la caridad han creado un paraíso terrestre, que es preciso habitar para formar alguna idea de él.»

Sin embargo, no era menos la edificación que él producía. Todos los esfuerzos del Sr. Torrette para que aceptase algunos cuidados debidos á sus achaques y á sus virtudes fueron vanos, y acabó por conseguir que se le tratase como al último de los misioneros. Los hijos de San Vicente, portugueses, que en esta ciudad dirigían el Seminario diocesano, entre los cuales estuvo algunos días, quedaron tan prendados y embalsamados con el perfume de sus virtudes, que después no podían hablar de él sin lágrimas de ternura.

7. Empleaba el tiempo en los ejercicios de piedad y en el estudio de la lengua china, que le era muy dificultosa á causa de su edad y del dolor de cabeza

que sentía casi continuamente. «Hemos comenzado á estudiar el chino, decía en la citada carta al señor Le Go; pienso que me costará mucho aprenderlo, según indican los primeros ensayos. Dícese que el venerable Clet lo hablaba con mucha dificultad. Mis precedentes tienen algunos rasgos de semejanza con él; ¡ojalá que hasta el fin me parezca al santo compañero, cuya vida apostólica ha sido coronada por la gloriosa palma del martirio!» Pero su trabajo y perseverancia suplieron tan bien la facilidad de que carecía, que á los tres meses ya se expresaba regularmente. Continuó dedicando á este estudio todos los instantes que le permitían los ejercicios de piedad ú otras funciones que tenía que cumplir; y de tal modo bendijo el Señor sus desvelos, que bien pronto se puso en estado de predicar, de oir confesiones y de enseñar la doctrina. Todavía más: en los largos y múltiples interrogatorios que sufrió más tarde durante su cautividad, quedaron sus jueces tan admirados y sorprendidos del conocimiento que poseía de su lengua, como del valor heroico que manifestaba en medio de los tormentos.

8. Ocupado en estas cosas, esperaba sin impaciencia que se le designase alguna misión. «Me preguntáis ya, escribía al Sr. Le Go, cuál será mi destino en este nuevo mundo; preciso es que os confiese mi completa ignorancia respecto de este punto. Hace mucho tiempo que mi resolución era la práctica de la santa indiferencia, y al llegar aquí he tratado de atenerme á ella con más firmeza que nunca. Cuando abrí, como por casualidad en los primeros días, el libro de la Imitación, dieron mis ojos con estas palabras: «Hijo mío,

permíteme que yo obre contigo según mi beneplácito; yo sé bien lo que más te conviene. » Y me apresuré á responder con el versículo siguiente: « Señor, con tal que mi voluntad vaya siempre recta y constantemente unida á la vuestra, haced de mí lo que os plazca. Siento particular satisfacción en este misterio de la Providencia, que tiene á bien hacerme vivir de algún modo al día. Cuando llegare el momento, cada uno recibiremos nuestra misión; no me preocupo en lo más mínimo de cuál será la que me caiga en suerte. » Ese momento no estaba ya lejos. Las necesidades del Ho-Nan exigían un misionero de virtud consumada y tal como el Señor le había preparado en el venerable Perboyre; y á principios de Diciembre fué señalado para esta misión.

9. Dejó, pues, á Macao el 21 de Diciembre para dirigirse á su nuevo destino, lleno de toda suerte de peligros. Fué preciso partir á favor de la obscuridad y ocultarse más de una vez durante el viaje para librarse de las visitas oficiales de las autoridades chinas, ó de miradas indiscretas que pudieran fácilmente comprometer mucho. En efecto, las leyes del Imperio prohibían bajo pena de muerte la entrada en el país á todo europeo.

Al principio se hizo el viaje por mar, costeando sucesivamente la provincia de Kouang Tong y la de Fo-Kien, siguiendo los mil rodeos que presentan, lo cual hacíalo pesado y monótono. Pero el Sr. Perboyre supo evitar el enojo, entregándose con ardor al estudio del chino, y hasta contentándose, según dice una de sus cartas, con hacer solas dos comidas, una hacia las nueve de la mañana, y otra á cosa de las siete

de la tarde, con objeto de tener más tiempo para el dicho estudio.

10. Por fin, el 22 de Febrero de 1836, más de dos meses después de salir de Macao, llegó al término de esta navegación, á la ciudad Fou-Ning, situada sobre la costa oriental de la China y á la extremidad septentrional del Fo-Kien. Dejando esta ciudad á la derecha, penetró en el interior de las tierras, é hizo una parada de algunos días en la residencia de Monseñor el Vicario Apostólico de esta provincia, el cual le recibió del modo más caritativo. El 15 de Marzo volvió á ponerse en camino para el Kiang-Si, provincia que había de atravesar á costa de nuevos peligros y fatigas. « Al reconocer un país cuya lengua no podíamos hablar ni imitar sus costumbres, escribía después á su tío, y cuya entrada está prohibida á todo europeo bajo la pena de muerte, íbamos al principio con la incertidumbre y desconfianza de aquel que camina sobre tierra movediza. Pero á medida que aumentaba la experiencia y la libertad en presentarnos, aumentaba también nuestra seguridad. Por otra parte, la confianza que poníamos en la divina Providencia era proporcionada á la desconfianza de nosotros mismos y de nuestros guías.

11. Esta confianza no salió fallida, y pasando felizmente todas las aduanas, llegó el Sr. Perboyre el 15 de Abril sin percance alguno á la cristiandad de Han-Kheou, cerca de Ou-Tchang-Fou, en donde se detuvo uno ó dos días. Este país, regado con la sangre de un mártir, y en el cual había él mismo de verter un día la suya por la fe, le excitó un recuerdo de familia bien caro y glorioso. «El primer oficio que

recé allí, escribía á su tió, fué el de San Cleto, papa y mártir. No me era necesaria una aproximación tan sorprendente para recordar que me hallaba en aquellos mismos lugares, en donde nuestro amado mártir Sr. Clet dió su vida por Jesucristo. ¡Oh! ¡cuánto deseaba yo ir en peregrinación á su tumba, que está dos leguas cortas de la casa en que vivía! Pero se juzgó conveniente aplazarlo para más adelante.» *Este adelante* sólo había de tener lugar, según los designios de Dios, después de su muerte; pues, en efecto, entonces, por una feliz coincidencia, compartió la sepultura de aquél, cuyos ejemplos había tanto admirado y seguido.

12. A principios de Mayo tuvo el Sr. Perboyre el consuelo de ver en aquellas montañas á dos compañeros suyos, los Sres. Baldus y Rameaux, con los cuales permaneció algunas semanas, y á los que acompañó también en sus misiones, juzgándose dichoso de formarse así en su escuela y de aprovecharse de su experiencia. Pero bien pronto el principio de una persecución les obligó á separarse para mejor librarse de las pesquisas, y el Sr. Perboyre hubo de continuar solo su viaje: «Salí en una barca cristiana, de la que acababa de servirse un mandarín, y durante esta navegación, que duró ocho días, ocupabáme como en los otros viajes en aprender el chino..... El 26 de Junio abandoné para siempre el río y emprendí, con el amo de la barca únicamente, un nuevo viaje á pie. Como la falta de ejercicio en la barca había debilitado mis piernas, me hallé fatigadísimo por la tarde. Al día siguiente teníamos que andar diez leguas á través de ásperas montañas; llegué al pie de la últi-

ma, después de muchos esfuerzos y penas, y ya no podía moverme de allí. Al ver su elevación acordéme de que llevaba conmigo una pequeña Cruz, á la cual estaban aplicadas las indulgencias del *Vía Crucis;* el momento era oportuno para ganarlas. Pasadas algunas horas sólo podía arrastrarme con ayuda del paraguas, del cual no podía servirme contra una lluvia que caía á chaparrones. Me sentaba en todas las piedras que encontraba; y después trepaba algunas veces con las manos. Si así me es permitido hablar, yo hubiera trepado hasta con los dientes, á trueque de seguir la vía que la Providencia me había trazado. Mi pobre conductor se veía reducido á prestarme el servicio que se presta á un caballo viejo, al cual se le levanta y se le empuja hacia adelante; pero fué relevado por un joven que bajó de la montaña. Muchos cristianos guardaban sus ganados sobre aquellas alturas. Al ver mi equipaje, adivinaron quién era yo, porque me esperaban, y pronto se acercaron á nosotros. Como nada había podido comer en todo el día, quisieron hacerme tomar alguna cosa, pero lo poco que pude pasar echélo en seguida. Me sentía más animado con lo que ellos referían, es á saber: que en la falda de las montañas en donde estabámos no había más que cristianos y que lo mismo sucedía en los alrededores. Por fin, llegué á lo alto de la terrible montaña y al otro lado encontré escondida en un bosque de bambús nuestra residencia, en la cual el Sr. Rameaux y un compañero chino me recibieron con los brazos abiertos. Pronto olvidé mis fatigas en su compañía..... El Sr. Baldus vino también á respirar el aire de la comunidad en nuestra Cartuja, en donde estábamos

reunidos veinte personas entre misioneros, catequistas, estudiantes, etc., etc.»

13. Pero esta morada entre sus hermanos, cuya compañía le era tan agradable y tan útil, no fué de larga duración. Tuvo que dejarles hacia mediados de Julio, y cinco días después llegó á media noche á la residencia de Nan-Yang-Fou, que le estaba designada, y que era la casa misma en donde el Sr. Clet fué preso.

CAPÍTULO VI

SUS MISIONES EN HO-NAN Y EN HOU-PÉ

(1836-1837)

1 Sus disposiciones al llegar á Ho-Nan. — 2. Grave enfermedad que allí contrae: sus primeras misiones: fatigas y resultado. — 3. Recuerdos del venerable Clet: vacaciones. — 4. Deja la misión de Ho-Nan por la de Hou-Pé. — 5. Sus nuevas ocupaciones. — 6. Un día de domingo ó de fiesta. — 7. Buen empleo del tiempo. — 8. Sus privaciones y fatigas bendecidas por Dios. — 9. Prueba interior cruel que padece. — 10. Aparición de Nuestro Señor, que le libra de ella.

1. Diez y seis meses habían transcurrido desde su salida de Francia, y en ese tiempo había andado cerca de ocho mil leguas. « He corrido bastante, decía á su tío, para no desear hacer otro viaje como no sea aquel grande, cuyo camino no es el agua ni la tierra. Pero entre tanto no me es posible evitar grandes excursiones en el interior de esta vasta China, y esto es necesario, pues que si he venido de tan lejanas tierras ha sido precisamente para andar por estas arenas. Quiera el Señor que corra yo de tal modo, que pueda obtener la corona incorruptible: *Sic currite ut comprehendatis* (I Cor., XI).

Pronto había de ser oído este último deseo, y el valiente atleta de Jesucristo iba á andar en corto tiempo una larga carrera. No pudiendo todavía marchar tan

aceleradamente como deseaba, envidiaba la suerte de sus compañeros, á quienes un mayor conocimiento de la lengua y de los usos del país les ponía en mayor disposición de procurar la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas: «desearía, sin embargo, escribía él en 18 de Agosto de 1836, recoger algunas espigas para colocarlas al lado de los grandes haces de mis compañeros en la era del Padre de familia.»

2. Hubo un momento en que se pudo creer que Dios, contentándose con su buena voluntad, quería ya premiarle. Condújole una grave enfermedad á las puertas del sepulcro, tanto, que se creyó necesario administrarle los últimos sacramentos. Mas escapó del peligro, efecto de una gracia bien providencial, y tres meses después estaba ya casi restablecido. Volvió á darse al estudio de la lengua china, y aunque no había acabado de recobrar sus fuerzas, emprendió su primera misión con sus compañeros del país. Salió muy bien; los cristianos á quienes evangelizó, no pudiendo resistir á los esfuerzos de su celo, salieron de sus malas disposiciones en que vivían hacía mucho tiempo y entraron en el camino del deber. Animado con tan feliz resultado, lanzóse completamente á la carrera evangélica, en la cual fueron tan fecundos sus trabajos. Podrá juzgarse de sus bellos resultados por nna carta que escribió al Director del Seminario interno de la Congregación el 25 de Septiembre de 1837: «Tan pronto como recobré mis fuerzas emprendí con un compañero chino la administración de nuestros cristianos de Ho-Nan. Para visitar unos mil quinientos, distribuídos en veinte cristiandades, hemos tenido que andar más de trescientas leguas y atravesar la

provincia en toda su anchura. Esta expedición ha durado seis meses. Para que forméis alguna idea de esto, voy á formarla con vos. Supongamos que el lugar de nuestra residencia y el punto de partida está en la Diócesis de Cahors; hagamos allí ante todo algunas misiones; luego vengamos á hacer otras á las Diócesis de Albí, de Puy, de Autun, de Orleans, de Versalles, de Amiens; tal es, poco más ó menos, el cuadro de las distancias y posición respectivas de los distritos por nosotros recorridos. Como podéis bien comprender, esto no se practica sin algunas fatigas; hemos viajado á pie alguna veces; otras en carros por caminos no bien conservados ni por el Gobierno ni por los particulares: ordinariamente salíamos de noche de entre los cristianos, para llegar también de noche, con la barba completamente blanca, efecto de las escarchas y madrugadas del invierno, la cara tostada, las orejas, el cuello y la frente peladas por el calor del estío. No es mi intento describiros el cuadro de las posadas en la China, pues no podría hacerse sin provocar á náusea. Solamente diré que si uno se halla hambriento de privaciones y de mortificaciones, hay abundancia para hacerse con una santa fortuna. Por lo demás, aunque la mejor cama que uno encuentra es una estera extendida en el suelo ó sobre una pequeña tarima, todavía se desea mucho atraparla para descansar de las fatigas del día. Llegados á las posadas, hemos sido vejados varias veces, ya por alguno de policía que nos hacía sufrir un largo interrogatorio é inscribir nuestros nombres, ya por agentes del Tribunal, que nos obligaban á cederles el alojamiento y á buscar hospitalidad en otra parte. Para el misionero europeo no es la

menor de las incomodidades el haber de sostener en todos sus viajes el papel de conciudadano. A fin de no perjudicarse á sí mismo ha de andar con mucha reserva, dejando hablar y obrar á los cristianos que le acompañan, los cuales, á pesar de las precauciones que la prudencia ó el temor les hace tomar, experimentan algunas veces muchas y serias inquietudes. Pero el misionero siente en su interior una holgura y una libertad de corazón que le eleva por cima de todo y le llenan de gozo en medio de los peligros.»

3. También le confortaba mucho el recuerdo del señor Clet, de este glorioso mártir, con el cual la divina bondad habíale dado tantos puntos de semejanza y cuya muerte tanto envidiaba. «Como quiera que en mis viajes, dice también en la misma carta, he seguido y cruzado frecuentemente los mismos caminos que este venerable mártir anduvo, cuando cargado de cadenas era conducido á los Tribunales de esta provincia y de Hou-Kouang, dígoos de verdad que no puedo oir á los que me acompañan ciertos rasgos de su vida y martirio sin experimentar una tierna emoción..... Por lo que á mí se refiere, felicítome de trabajar en esta porción de la viña del Señor por él cultivada con tanto celo y fruto. Su grata memoria, que se conserva cual tesoro precioso, me sirve de poderoso estímulo para seguir sus huellas y continuar el bien que él comenzó..... Por este año han terminado ya nuestras vacaciones, si así puede llamarse el tiempo empleado en predicar, confesar, estudiar, hacer la clase á los futuros seminaristas, y en medio de una multitud de niños que todos los días vienen á instruirse en el Catecismo y á aprender las plegarias..... etc. Ahora

vamos á comenzar nuestros ejercicios espirituales é inmediatamente después volveremos á campaña. Quiera el Señor bendecir nuestros humildes trabajos y santificar y fecundar nuestras penas. No faltan éstas á los misioneros; pero son tan preciosas á los ojos de la fe, que bien merecen se las busque hasta en los últimos extremos del mundo.

4. Apenas se habían deslizado dos años en medio de estas tareas apostólicas en la provincia de Ho-Nan, cuando el Sr. Perboyre recibió órdenes que le obligaron á abandonarla para ir á fecundar otra tierra con sus propios sudores. El Sr. Rameaux, deseando procurar un precioso refuerzo á la misión de Hou-Pé, cuyo Superior era, le llamó á ejercer su celo sobre aquel nuevo terreno.

5. En este nuevo puesto esperaban al Sr. Perboyre fatigas no menores, aunque de distinto género. Es verdad que no había de hacer largos y penosos viajes, mas el ministerio á que se le aplicaba le imponía toda suerte de privaciones y de padecimientos.

« En el mes de Enero último (escribía á su sobrino el 12 de Septiembre de 1838) he sido llamado á Hou Pé por el Sr. Rameaux, Superior de esta misión. El distrito por mí ocupado y del cual no he salido más que para visitar dos pequeñas cristiandades algo distantes, se halla en medio de montañas. Abraza una extensión de dos ó tres leguas á lo largo y un poco menos á lo ancho. Los cristianos que le componen, y entre los cuales viven muy pocos gentiles, son cerca de 2.000, divididos en quince cristiandades tan diseminadas, que nada existe entre ellos que tenga visos de un lugarcillo siquiera. Tenemos en el centro de

este distrito una residencia que la misión posee. En ella el misionero se halla á manera de un Cura en medio de una grande parroquia, en continuas relaciones con todos los cristianos del distrito. Frecuentemente tiene que salir de día y de noche llamado para la administración de Sacramentos, socorro que los cristianos tienen buen cuidado de procurarse á la menor apariencia de peligro. Acude en todos tiempos, pero especialmente los sábados y vísperas de fiestas tanta gente á confesarse, que para satisfacer sus deseos no bastarían tres Sacerdotes aquí fijos.

6. Mas el domingo y los días festivos es cuando principalmente se ve rodeado el pastor de su rebaño. Desde que amanece hasta que anochece, vése nuestra iglesia llena de gente. Se principia por las oraciones de la mañana, seguidas de las que suelen recitarse en los días festivos, y luego el Catecismo; después de esto oyen Misa y la predicación, terminada la cual, se explica á los niños el Catecismo. Por la tarde tienen lugar el rosario, el vía-crucis y una conferencia, en la que hablan varias personas, según el método sencillo y familiar de San Vicente de Paúl. Añadid á esto las confesiones, bautismos, confirmaciones, matrimonios, inscripciones en las diversas cofradías, despacho de dispensas, resolución de las dificultades que se ofrecen en las cristiandades, preguntas de doctrina, instrucciones y exhortaciones privadas, avisos y correcciones, el ejercicio de juez de paz, que á veces no puede evitarse, y tendréis formada alguna idea de las ocupaciones del misionero en los días de domingo y festivos.»

7. En otra carta á uno de sus compañeros de Con-

gregación, el Sr. Aladel, con fecha 10 de Agosto de 1839, añadía: «Aquí me tiene usted entre estas montañas hace ya cerca de dos años, dispuesto á continuar el ejercicio del ministerio, cuyas ocupaciones no me dejan, por decirlo así, tiempo para respirar. Desde la Natividad de la santísima Virgen del pasado año, hasta Pentecostés del presente, llevo hechas diez y siete misiones ó visitas de cristiandades, y no podría asegurar que desde entonces haya disfrutado un día de reposo. Este se hace imposible, pues nos encontramos en medio de numerosos cristianos, los cuales en su mayor parte acostumbran confesarse con frecuencia. Si en la presente fiesta de la Asunción, por ejemplo, pudieran reconciliarse 1.000 ó más personas, todas se hallarían dispuestas al efecto. Pasado este día, haré mis ejercicios espirituales, á fin de emprender de nuevo las santas misiones durante una buena parte del año.»

8. Uníanse á las fatigas del santo ministerio las privaciones de una vida pobre y mortificada. No teniendo para habitación más que casas oscuras y malsanas sin chimeneas y aun sin ventanas; en ellas no se podía encender fuego sin verse casi asfixiados por espesa capa de humo; su comida consistía ordinariamente en un poco de arroz y algunas hierbas cocidas sin sazón alguna, y tenía por cama el frío suelo, ó cuando más una tarima cubierta de una estera.

Además, los calores excesivos de aquellas comarcas, y frecuentemente los tormentos del hambre y sed, uníanse para aumentar sus trabajos á la debilidad de su temperamento y á sus muchas enfermedades, que sufría con admirable paciencia. Y como si todo esto

no bastara para satisfacer su amor á la Cruz, imponíase duras penitencias, desgarraba sus carnes con sangrientas disciplinas, llevaba en su cintura una cadena de hierro, y sobre su cuerpo áspero cilicio. Finalmente, en contacto habitual con cristianos pobres y poco esmerados en materia de aseo, participaba con ellos de la miseria que cubría todo su cuerpo; y á ejemplo de muchos santos, dejábase por espíritu de penitencia devorar viviendo aun, puesto que nada hacía para preservarse ó desembarazarse de tamaño suplicio. Por esto bendecía el Señor su ministerio visiblemente, dándole gracia para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y á los apóstatas, reanimar en el fervor á los tibios é inspirar esfuerzo á todos para confesar cuando fuere necesario su fe ante los tribunales y en medio de los más grandes tormentos.

9. El mismo parecía prepararse por medio de la continua lectura de las actas de las mártires á los gloriosos combates que muy pronto habría de sostener. Pero nuestro Señor, que indudablemente hallaba en esta santa alma morada agradable, dispuso que esta preparación fuese más completa y perfecta, purificando más á la víctima y haciéndole pasar por el crisol de una prueba muy cruel. Antes de hacerle sufrir los tormentos de su pasión en Jerusalén y en el Calvario, quiso que experimentasen las angustias de su dolorosa agonía en el huerto de Olivas.

El siervo de Dios fué objeto por espacio de muchos meses de violentos asaltos de desesperación, parecidos á los que experimentara San Francisco de Sales cuando hacía sus estudios en París. Persuadido de que su nombre había sido borrado del libro de la vida y de

que estaba destinado á arder eternamente, parecíale que nada podía esperar ya de la divina misericordia. No veía en Dios más que á un juez severo justamente irritado contra él á causa de sus innumerables pecados, y de los abusos que había hecho de tantas gracias. Acudía á la oración, y parecíale que al desechar el Señor su oración, también le arrojaba á él mismo con furor y menosprecio. Su mismo Crucifijo, á cuyos pies tantas veces había sentido inefables consuelos, su crucifijo habíase tornado mudo, ó por mejor decir, de sus llagas sacratísimas, como de otras tantas bocas, parecíale no salir más que recriminaciones y sentencias de condenación. En sus penas no hallaba consuelo, ni ante el tabernáculo, ni en la celebración del Santo Sacrificio, con el cual se imaginaba renovar el crimen de Judas.

No tardó su salud en resentirse con tan duros golpes; huía el sueño de sus ojos y hallaba insípido todo alimento. Veíasele palidecer más y más cada día, y secarse como una planta abrasada por los ardores del sol, y ciertamente sucumbiera en tan recio combate si Dios no pusiera fin á la prueba.

10. Pero su infinita misericordia se apiadó de su fiel siervo y tuvo la dignación de aparecérsele clavado en la cruz dirigiéndole una mirada inefable de bondad, y diciéndole afectuosamente: «¿De qué temes? ¿Por ventura no he muerto por ti? Pon tu mano en mi sagrado costado y no temas ya condenarte.» Desapareció luego la visión, pero dejando el alma del santo misionero inundada de dulcísima paz, que no volvió á ser turbada en adelante; y ¡cosa maravillosa! la espantosa debilidad producida por esta tribulación desapareció

al mismo tiempo, sin que desde el día siguiente se viese la menor señal de ella.

« Él mismo fué, dice Mr. Baldus, el que me refirió este hecho en una conversación que tuvimos los dos en nuestra residencia de Kou-Tchen-Kieng, y notaba yo que atribuía este acontecimiento á tercera persona. A fin de no dejarle en la creencia de que yo era víctima de su piadosa superchería, le dije inmediatamente: « Sé bien de quién habláis; á vos se refiere lo que habéis contado;» y su embarazo y sus respuestas evasivas fueron para mí una demostración equivalente á una confesión clara.

Esta visión fué como la aparición del ángel á nuestro Señor en la gruta de la agonía: *apparuit autem illi angelus confortans eum.* (Luc., XXII, 43.) Ella lo fortificó y preparó para los últimos y más terribles combates que iban á poner tan glorioso fin á su carrera apostólica.

CAPÍTULO VII

SU PRISIÓN; INTERROGATORIOS SUFRIDOS HASTA SU SALIDA PARA OU-TCHANG-FOU

1. Persecución en Hou-Pé. — 2. Pillaje é incendio en la residencia de los misioneros. — 3. Huida del venerable siervo de Dios. — 4. Es traicionado por uno de los suyos, puesto en prisión y maltratado. — 5. Interrogatorio que sufre en Kouang-In-Tam. — 6. Salida para Kou-Tchen-Kieng; acto piadoso de un pagano. — 7. En Kou-Tchen-Kieng es conducido ante el mandarín militar. — 8. Comparece luego ante el mandarín civil. — 9. Conducido á Siang-Yang-Fou, comparece ante el gobernador de la ciudad. — 10. Después ante el mandarín de primer orden, y por último, ante el tribunal fiscal, en donde se le somete á una tan indigna como dolorosa prueba.

1. Al llegar el siervo de Dios á la China existía una ley dada en 1794 por el emperador Kieng-Lung, la cual proscribía la religión cristiana, y condenaba á todos los que de ella hicieran profesión á la pena de muerte si fuesen europeos, y el destierro si fuesen chinos. La aplicación de esta ley había ya costado á la Iglesia de China muchas persecuciones, entre las cuales, después de la de 1805, fué la más violenta la de 1820, que proporcionó al venerable Clet la palma del martirio. Hacía, sin embargo, mucho tiempo que los cristianos, especialmente los de Hou-Pé, gozaban de bastante tranquilidad, cuando repentinamente se encendió de nuevo la persecución. Tuvo su principio en la ciudad

de Nan-Kiang, en donde primeramente fueron arrestados algunos cristianos. Hallábase entre éstos un joven, hijo del catequista Peng-Tim-Siang, el cual, aterrado por las amenazas de los satélites, y persuadido por sus caricias, traicionó miserablemente á sus hermanos, indicó sus nombres, sus residencias y los lugares en donde se reunían con los misioneros. Diéronse órdenes al mandarín de Kou-Tchen-Kieng, para que se apoderase de los unos y de los otros. Una compañía de soldados conducida por dos comisionados del virrey de Ou-Tchang-Fou, dos mandarines militares y otro inferior del orden civil, se dirigió hacia la residencia de los misioneros, á Tcha-Yuen-Keou, pequeño lugar del departamento de Kou-Tcheng-Kieng, cerca del mercado de Konaug-In-Tam. Encontrábase allí á la sazón el Sr. Perboyre, con su compañero Sr. Baldus, un misionero de la propaganda que iba á Hou-Pé, el P. José Rizzolati, capuchino italiano, y un Sacerdote chino, Mr. Ouan, los cuales se habían reunido para celebrar juntos la octava de la Natividad y la fiesta del Dulce Nombre de María. Era, en efecto, el domingo 15 de Septiembre de 1839, día en que los cristianos de este país habían venido á oir la santa Misa, y á cumplir con los demás ejercicios piadosos propios de la fiesta. Terminaba la última Misa y había aún algunos fieles en la iglesia con los Sres. Perboyre y Baldus y el P. Rizzolati. Entra repentinamente un cristiano llamado Tom-Ta-Youn, y todo apresurado anuncia que ha estallado la persecución, y que los soldados se dirigen á la iglesia conducidos por los mandarines, que distan ya poco, añadiendo á esto que no hay tiempo que perder, y que cada cual debe buscar su seguridad en una pronta fuga.

2. El Sr. Baldus y el P. Rizzolati siguieron pronto este consejo. Pero el siervo de Dios no pudo resolverse á abandonar el rebaño que le estaba encomendado, y al cual tanto amaba; trata de persuadirse él y de persuadir á los otros que el peligro no es tan inminente. Pero ya se oyen los soldados que se acercan, y todo el mundo huye menos él, que no piensa en apartarse del peligro hasta que desvanecida toda ilusión conoce claramente que no puede ya estarse tranquilo sin temeridad. Entonces recoge como puede los sagrados ornamentos, que quiere salvar de la profanación y sale por una puerta secreta en el mismo instante en que los satélites invaden la iglesia. Furiosos al ver que la presa ha escapado de sus manos, toman lo más precioso que hay en la iglesia y casa de los misioneros, queman después los papeles y libros, pero con tan poca precaución, que en un momento todo es pasto de las llamas, de las cuales apenas puede librarse hasta un mandarín.

3. Mas el siervo de Dios había logrado esconderse en un bosque de bambús no lejos de la iglesia. Venida la noche, abandonó su escondite y se retiró á la casa del catequista Ly-Tsou-Hoa, para tomar allí algún alimento, que mucho necesitaba después de las fatigas y emociones del día. Éste le afeitó, á fin de que no fuera reconocido tan fácilmente por europeo, y le condujo á trescientos pasos de allí para que pasase la noche en casa de un sobrino suyo, padre del catequista Ly-Tsou-Kouei.

Mas por temor de comprometer á sus huéspedes, al día siguiente 16 de Septiembre, antes de la aurora, abandonó el venerable fugitivo su nuevo asilo para

ocultarse en la vecina selva acompañado de su familiar Tomás Sin-Ly-Siam, de otro cristiano, Ouan-Kouan-King y de Ly-Tse-Mim, padre del catequista Ly-Tsou-Hoa.

4. Este retiro ofrecía seguridad, y le habría ocultado ciertamente á todas las pesquisas, si la divina Providencia, para hacerle sin duda más conforme á su divino modelo, no permitiera que le traicionara también uno de los suyos. El neófito Kioung-Lao-San, nuevo Judas, llevado del temor ó de la avaricia, descubrió á los soldados por el precio de dinero el lugar en donde estaba oculto. Ellos rodearon inmediatamente la selva, y á manera de bestias feroces la recorrieron en todas direcciones para descubrir la presa. Dos de ellos caen por fin sobre el siervo de Dios y sus tres compañeros, los cuales viéndose superiores en número, y teniendo cortada toda retirada, pensaron por un momento en rechazar por la fuerza á sus agresores. Tomás Sin-Ly-Siam consulta el negocio con su maestro; pero éste, acordándose que Jesús en el huerto de Gethsemaní no quiso permitir á Pedro que se sirviese de la espada, prohibió también á su bravo y fiel servidor que usase de violencia. Obedeció Tomás, y fuera de Ly-Tse-Mim, que logró escapar, todos los cristianos ocultos en dicha selva cayeron en manos de sus enemigos.

Estos, que no tardaron en juntarse todos en torno del santo misionero, échanse con furor sobre él, le toman por la trenza de sus cabellos [1] y le arrastran

1 Los chinos, como todos saben, tienen la costumbre de dejar crecer sus cabellos, que luego unen en trenza y la dejan caer por detrás en forma de cola.

hasta la cima de la montaña. Allí le despojan de todos sus vestidos, no dejándole en cambio más que unos sucios harapos, le atan las manos junto á la espalda, descárganle tres golpes de sable sobre las costillas, y le conducen cargado de cadenas al mercado de Kouang-In-Tam. El santo misionero lleva con tal paciencia y valor todos estos malos tratamientos, que no se le escapa ni una queja, ni un grito de dolor.

5. Llegado á Kouang-In-Tam, comparece ante el mandarín civil Liou, de la ciudad de Kou-Tchen-Kieng, que se hallaba allí esperando al prisionero. « Daba compasión el verle, dice un testigo ocular, sin otro vestido que una camisa y unos calzoncillos sucios y hechos pedazos, una cadena al cuello y las manos atadas á la espalda, rodeado de satélites, que le tiraban de las orejas y de la trenza del cabello, para obligarle á mirar al mandarín, ante el cual estaba de rodillas. » Habiéndole preguntado éste si era europeo y cabeza de la secta falsa de los cristianos, respondió pronto sin temor de los nuevos tormentos y de la muerte misma que aquella respuesta iba á causarle: « Soy europeo y misionero católico. » Montado en cólera el mandarín le hizo entonces separar de sus compañeros de cautiverio, mandóle cargar de nuevas cadenas, y trasladarle atado de pies y manos á casa de un pagano, llamado Haou, cuya proverbial crueldad le había merecido el calificativo de San-Pao-Tsou, es decir, tigre hasta el tercer grado, y en cuya tienda había de pasar la noche. Ocho hombres escogidos entre los más ricos de alrededor y, por tanto, menos susceptibles de ser ganados por dinero para dejar escapar al cautivo, se encargaron de custodiarle

y de guardarle con cuidado hasta el día siguiente.

6. El martes 17 de Septiembre muy de mañana reciben los soldados la orden de conducir al prisionero á la ciudad de Kou-Tchen-Kieng, asaz distante de Kouang-In-Tam. Pero el venerable siervo de Dios, quebrantado por los crueles tratamientos que le habían hecho sufrir y extenuado por el hambre y la fatiga, no podían hacer á pie este camino. Sin embargo, habíase ya puesto en marcha el doloroso cortejo, y el valeroso atleta de Jesucristo, detenido en la plaza pública y rodeado de una turba rencorosa, recibía toda suerte de ultrajes, cuando un pagano llamado Lieu-Kioun-Lin, síndico de la población, siéntese ante espectáculo tan lastimoso movido de compasión. Acércase, pide y obtiene el permiso de trasladar al prisionero en una litera, cuyos conductores paga él y hasta le acompaña á la ciudad. Esta buena acción no quedó sin recompensa; el discípulo de Jesús, profundamente conmovido, expresó por de pronto con mucho afecto su agradecimiento al bienhechor, pero no había de parar aquí su reconocimiento. Cuando hubo recibido la palma del martirio, según después se dirá, aparecióse al caritativo pagano y le obtuvo poco antes de su muerte la gracia del santo bautismo.

7. Llegado á Kou-Tchen-Kieng, en donde le esperaban tormentos más crueles, compareció primeramente el siervo de Dios ante un mandarín militar, el cual le preguntó quién era, y qué móviles le hicieron penetrar en el Imperio chino. « Yo soy europeo, respondió él, y he venido aquí para propagar la religión católica y exhortar á los hombres á que huyan del mal y practiquen el bien. » Poco satisfecho el manda-

rín con esta solemne profesión de fe, replicó que eso era falso, y que el motivo de su venida no era otro que el de engañar á los ciudadanos del celeste Imperio. A esta injuria sólo respondió el santo misionero con el silencio. Tampoco dió otra respuesta á la propuesta que se le hizo para que renegase de su fe, contentándose con indicar por un signo de la cabeza el horror que le inspiraba tal invitación, y cómo la recibía. Irritado el mandarín á causa de su silencio, hízole abofetear por los satélites, y que fuese apaleado con cien golpes de bambú y puesto en prisión. Ningún reposo se concedió allí á aquel cuerpo tan atormentado ya y tan debilitado, antes bien se le afligió con nuevas crueldades que el generoso confesor llevó pacientísimamente y con admirable dulzura.

8. Conducido al día siguiente ante el mandarín civil, fué sometido á nuevo interrogatorio. Entre los diversos efectos tomados á los misioneros se hallaban los objetos destinados al culto. Hízolos llevar el mandarín al tribunal, y tomando sucesivamente el cáliz, el misal, los sagrados ornamentos y todo lo que sirve al santo sacrificio de la Misa, preguntó al siervo de Dios qué uso tenían. Respondió que el de ofrecer á Dios un sacrificio: y como se le preguntase si era europeo y jefe de una secta falsa é impía: «Soy europeo, respondió, y misionero, no de una secta falsa é impía, sino de la única religión verdadera.» El mandarín, mostrando entonces la caja de los santos óleos, preguntóle si contenía ella el agua exprimida de los ojos arrancados á los enfermos [1]:

1 Sábese que ésta es una de las preocupaciones más acreditadas que los chinos tienen contra los cristianos.

« Jamás, respondió, he cometido semejante crimen. »

El mandarín había hecho comparecer delante de sí al mismo tiempo que al Sr. Perboyre á una virgen cristiana llamada Ana-Kao, presa en la misma persecución. Con esta ocasión insultó groseramente al santo misionero, el cual á tan innobles preguntas sólo respondió que los misioneros y las vírgenes cristianas prometían y guardaban castidad, que aquéllos se entregaban separadamente á sus respectivas ocupaciones, y que éstas no servían á los misioneros, pues que prestaban á éstos los servicios necesarios los hombres que les acompañaban en sus viajes. Por fin intentó el mandarín hacerle renegar de su fe poniendo en tierra un Crucifijo y ordenándole que le pisara. Pero el valiente confesor respondió: « Resistiré hasta la muerte el renegar de mi fe y pisar el Crucifijo. » Y como añadiese el tirano: « Si tú no abjuras, te haré morir » respondió él: « Perfectamente, seré muy dichoso si muero por la fe. » Inmediatamente recibió por orden del mandarín cuarenta correazos en las mejillas, quedando su rostro espantosamente magullado y desfigurado. Volviósele entonces á prisión y de nuevo fué entregado á los satélites.

Tres veces había ya confesado generosamente su fe el soldado de Cristo, sin que los crueles suplicios á que estaba sometido pudiesen arrancarle una sola palabra, la menor señal susceptible de ser mirada como una apostasía. ¿No era, pues, de esperar que Dios, contento de las prendas de amor que le había dado, iba á premiar á su siervo, y que éste se hallaba cercano á la muerte dichosa, objeto de sus más ardientes deseos y de su esperanza tranquila y apacible? No; antes

bien le esperaban aquí mayores combates, porque allá arriba le estaba reservada una corona más bella.

9. Después de muchos interrogatorios sufridos ante los mandarines civiles y militares de Kou-Tchen-Kieng, acompañados de los más feroces tratamientos, el siervo de Dios fué conducido por los soldados á Siang-Yan-Fou, ciudad de primer orden y distante 140 leguas. Hízose el viaje por agua, sobre el río Han-Kong, y fué para el venerable sacerdote ocasión de nuevos sufrimientos. Tendido en una barca con los pies y manos atados y separado de los otros prisioneros cristianos, mientras que á éstos se les proporcionaban los alimentos necesarios, negáronseles á aquél constantemente por todo el tiempo que duró tan largo viaje. Habiendo llegado á Siang-Yang-Fou, permaneció muchos días encerrado en horrible prisión, donde no le fueron perdonadas ni injurias ni malos tratamientos. En el día señalado fué presentado ante el tribunal del gobernador de la ciudad, quien le hizo sufrir un interrogatorio, propúsole cuestiones referentes á su cualidad de europeo y de misionero católico y el motivo que le llevó á China; á todo recibió las mismas respuestas. Entonces el mandarín le exhortó á que pisase el Crucifijo puesto á sus pies; mas el discípulo del divino maestro respondió con tanta sencillez como firmeza: «Jamás haré tal cosa.» Viendo el gobernador que eran inútiles todas sus amenazas, creyó llegar más seguramente á la consecución de su fin por medio de discursos parecidos á los que usan á veces en Europa los pretendidos sabios de la escuela moderna: «¿Qué ganarás, le dijo, adorando á tu Dios? — la salud de mi alma, respon-

dió el confesor; el cielo, á donde espero subir después de mi muerte. — ¡Ah, insensato! replicó el mandarín, ¿has visto acaso alguna vez el Paraíso?» Y tornándose á los otros cautivos cristianos, continúo: «Voy á enseñaros lo que es el Paraíso y el infierno: ser colmado en esta vida de honras y de riquezas, he ahí cuál es el paraíso: por el contrario, ser condenado como lo sois vosotros hoy á llevar una vida pobre, trabajosa y miserable, eso es el infierno.» Dichas estas palabras dignas de Epicuro, levantó la sesión é hizo conducir á la prisión al siervo de Dios.

10. Diez días después, compareció ante un mandarín de primer orden de la misma ciudad, el cual le trató con bastante moderación, contentándose con preguntarle cuánto tiempo hacía que estaba en la China, pregunta insidiosa y á la que el Sr. Perboyre supo responder hábilmente para no comprometer los intereses de la religión.

Pero en el tribunal fiscal, ante el cual, según las leyes del país, había de comparecer muy pronto, esperábale una tempestad más furiosa que las experimentadas hasta entonces; allí se le había de torturar cruelísimamente así en su cuerpo como en su alma; en su fe de cristiano y en su dignidad de hombre. Tao-Taï, presidente de este tribunal y juez supremo de esta población, atendiendo únicamente á su crueldad, hízole golpear frecuentemente con fuertes correas; ordenó después que se le colgase de una viga por los dos pulgares unidos y fuertemente atados; en medio de tan crueles tormentos le obligó á permanecer de rodillas cerca de cuatro horas con las piernas desnudas y sobre cadenas de hierro. El esforzado caba-

llero de Cristo sufrió todo esto, no sólo con mucha constancia, sino también con la cara serena y sin proferir la menor queja. Mas el tirano reservaba para su alma tormentos más atroces que los ejecutados en el cuerpo. Comenzó por ver si podía hacerle abjurar su fe, obligándole á pisar la Cruz. Pero no pudiendo conseguirlo, atacó á su honor por medio de la más indigna calumnia, la cual sin duda permitió el Señor para que fuese más grande la gloria de su siervo: le acusó de comercio infame con la virgen Ana Kao, la cual presenciaba el mismo interrogatorio y sufría igual suplicio. Fingiendo no dar crédito á las negaciones, mesuradas pero enérgicas del casto misionero, le sometió á un examen más penoso que la muerte. Sin embargo, su inocencia salió victoriosa, y los mismos jueces hubieron de reconocer, no sin grandísima vergüenza, que había conservado intacta la corona de las vírgenes. Mas el dolor que su alma delicada sintió en esta ocasión fué tan violento, que casi perdió el conocimiento, y aun se temió mucho por su vida. Recelando entonces el feroz tirano que su presa se le escapase de las manos, vióse obligado á dar treguas á su crueldad.

Había pasado un mes entre los diversos interrogatorios que tanto evidenciaron la heroica paciencia del mártir, cuando se tuvo por conveniente enviarle á Ou-Tchang-Fou, metrópoli de la provincia de Hou-Pé, á fin de oir allí la sentencia última, que sin apelación, sobre él había de recaer.

CAPÍTULO VIII

PADECIMIENTOS EN OU-TCHANG-FOU

1. Es conducido á Ou-Tchang-Fou. — 2. Horrible prisión en que es aherrojado. — 3. Sufre dos interrogatorios en el tribunal de los crímenes. — 4. Comparece después ante el presidente del tribunal civil. — 5. Tratamientos indignos que sufre de los cristianos apóstatas. — 6. Su oración en la prisión. — 7. Crueldad del virrey de Ou-Tchang-Fou. — 8. Es sometido á horribles torturas, que sufre con paciencia heroica. — 9. Después del intervalo de un mes siguen nuevos interrogatorios y nuevos suplicios. — 10. Expresivo testimonio de amor hacia el Crucifijo. — 11. Rehusa adorar un ídolo. — 12. Irrisión de que es objeto. — 13. Le acusan de magia por su paciencia inalterable en medio de tantos suplicios. — 14. Último interrogatorio en que el virrey descarga toda su rabia contra él. — 15. Estado á que el glorioso confesor se halla reducido cuando le vuelven á la cárcel.

1. El viaje de Siang-Yang-Fou á Ou-Tchang-Fou fué largo y pesado para el Sr. Perboyre y sus compañeros cautivos, la virgen Ana-Kao y diez más, los cuales, gracias á los ejemplos y exhortaciones del siervo de Dios, permanecían animosos en la confesión de su fe. Este, que no tenía entre ellos otro privilegio que el de recibir peores tratamientos, se distinguía también por su más inalterable constancia, por una paciencia más heroica. Fué arrojado en el barco con cadenas en el cuello, en las manos y en los pies, y teniendo por delante atados los brazos perpendicularmente á una barra de hierro fija en una argolla de

metal, lo cual impedía todos sus movimientos. Ningún insulto, por otra parte, ninguna crueldad se le dispensó durante toda la travesía, y sin embargo, todas estas amarguras podían considerarse como leves en comparación de las que había de sufrir en el término de su viaje. Llegados á Ou-Tchang-Fou, fueron los prisioneros entregados á un mandarín inferior que tomó sus nombres y luego se les condujo á unas prisiones, reservadas para los mayores criminales.

2. Difícilmente se podría formar idea de lo que el siervo de Dios hubo de padecer en esta terrible morada. Encontrábase en ella cuanto puede hacer más insoportable una prisión y cansar la paciencia más perfecta. La insaciable avidez de los carceleros estimulaba á éstos á atormentar á los prisioneros con refinamientos de barbarie para obtener dinero de ellos ó para obligar á sus parientes ó amigos á contentar su avaricia. Era el alimento muy insuficiente y el aire estaba impregnado de fétidos miasmas. Como los detenidos ni por un instante podían salir bajo ningún pretexto, tornábase la prisión en un estercolero, cuya infección era preciso aspirar día y noche. De esta corrupción nacía una muchedumbre infinita de hediondos insectos y de miseria inmunda que devoraban vivos á los detenidos, ensuciándoles también sus vestidos. Para evitar cualquiera tentativa de evasión por la noche, se les metía el pie en una especie de tornillo de madera fijo en la muralla. Esta medida tan inhumana hacía más insoportables los rigores de la cautividad. Efectivamente, además de que la circulación de la sangre quedaba impedida en el miembro inmoble afectado de penosa hinchazón, hallábase el

pobre paciente privado de la libertad de sus movimientos, y por lo mismo, en una situación la más angustiosa. Fueron tales las consecuencias de tan horrible tratamiento en el Sr. Perboyre, que una parte de su pie llegó á gangrenarse y se le secó uno de los dedos. La paciencia inalterable con que soportó este suplicio y todos los otros excitó la admiración y el afecto de sus mismos guardias, que trataron de librarle de él. Pero observando que esto era para los demás prisioneros ocasión de críticas y de maldiciones, pidió y obtuvo el venerable sacerdote que se le tratase como á los otros. Volvió, pues, á tomar sus grillos, que con gozo llevó hasta la muerte, es decir, por el tiempo de ocho ó nueve meses que pasó en esta especie de infierno. Pero lo que el discípulo de Jesús encontraba allí de más repugnante era la compañía de aquella muchedumbre de criminales, familiarizados con toda suerte de maldades, los cuales ningún miramiento guardaban ni en sus palabras ni en sus actos, cuya boca sólo se abría para vomitar las palabras más obscenas, ó maldiciones, imprecaciones y blasfemias. Era esto para su alma religiosa un linaje de suplicio más insufrible que todos aquellos de que su cuerpo era víctima.

3. No salía de habitación tan inmunda más que para comparecer ante sus jueces, quienes solamente en la ciudad de Ou-Tchang-Fou le hicieron sufrir más de veinte interrogatorios. Primero compareció en el Tribunal de los Crímenes; después de varias preguntas semejantes á las que se le habían hecho anteriormente y á las cuales respondió de igual manera, recibió del mandarín la orden de abjurar su fe. Y como

se negase á ello con toda energía, fué puesto de rodillas por muchas horas con las piernas desnudas sobre cadenas y fragmentos de tejas y vasos rotos. Mientras que se hallaba en esta posición pasó por cerca de él otro confesor de la fe, Estanislao Tem-Ting-Fou, llevado al Tribunal mismo y el cual le pidió la absolución sacramental. Diósela el Sr. Perboyre inmediatamente, haciendo sobre él la señal de la cruz en presencia de toda la Asamblea, cumpliendo así con una obra de misericordia delante de Magistrados inicuos que con tanta barbarie le trataban. Tres días después murió Estanislao en su prisión, á consecuencia de tantos malos tratamientos sufridos por amor á Jesucristo. No fué esta la única vez que al siervo de Dios le fué dado ejercer su ministerio de paz y de reconciliación en circunstancias análogas. Poco después de este interrogatorio compareció por segunda vez ante el mismo mandarín, que de nuevo insistió en querer saber el motivo que le condujo á la China, teniendo por locuras las respuestas del mártir llenas de sabiduría.

4. Se le condujo al Presidente del Tribunal civil, que le hizo las mismas preguntas, dando así al siervo de Dios ocasión de confesar nuevamente su fe, lo que hizo con grande firmeza, negándose igualmente á denunciar á los cristianos y Presbíteros, cuyos nombres y residencia deseaban conocer. Hízole poner el mandarín de rodillas sobre cadenas de hierro, desnudas las piernas y con las manos levantadas y cargadas de un gran pedazo de madera, que tuvo que sostener en aquella posición desde las nueve de la mañana hasta la noche. Los satélites tenían orden de castigarle

cuantas veces dejara doblar los brazos ó caer la pieza de madera rendido por la fatiga ó el dolor. Mas tan largo y horrible tormento no fué capaz de abatir el ánimo del generoso confesor, el cual lo soportó con la misma paciencia é igualdad de espíritu.

5. En un nuevo interrogatorio le reconvino el mismo mandarín de haber engañado al pueblo con sus supercherías y de haber atraído sobre los cristianos presentes en el Tribunal todos los males de que eran víctimas. Afectando entonces falsa compasión hacia éstos, les intimó que renunciasen á los engaños en que estaban envueltos y castigasen al que así les había inducido á error hiriéndole, maldiciéndole, arrancándole los cabellos y escupiéndole en el rostro. Muchos de estos cristianos se resistieron á tamaña infamia y confesaron valerosamente su fe. Mas otros cinco tuvieron la cobardía de apostatar y de obedecer al tirano. Estos ultrajes, tanto más sensibles, cuanto que provenían de sus propios hijos y hermanos en la fe, los sufrió el manso pastor con la misma paciencia y dulzura y sin dirigir á nadie la más leve queja.

6. Vuelto á su prisión, no dejaba jamás de dar al Señor las más rendidas gracias por las que le había concedido, y le suplicó perdón para sus enemigos y perseverancia en su constancia hasta el fin. Era la oración para él lo que es á la flor un suave y fresco rocío, que hace reverdecer su tallo medio seco: en ella adquiría nuevas fuerzas que le tornaban apto para librar mayores combates.

7. Este valor sobrenatural había de serle muy necesario en el tribunal del Virrey, delante del cual todavía no había comparecido, pero que iba á exponer su

paciencia á pruebas muy duras, y de este modo prepararle para obtener los más bellos triunfos. Este hombre tenía en todo el Imperio la reputación de una crueldad feroz. A vista de los criminales que le presentaban, se dejaba llevar de los transportes del furor y los trataba con barbarie apenas increible; llegaba esto hasta el punto de que montando en rabia y olvidando lo que á su dignidad debía, descendía del tribunal, se precipitaba sobre los acusados y les arrancaba los ojos con sus propias manos. Mas cuando se las había con cristianos, su furor ya no conocía límites, profesábales un odio infernal y había jurado la destrucción de su religión en toda la provincia.

8. Compareció, pues, nuestro héroe ante este hombre bárbaro, declaró que era Sacerdote de la Religión cristiana y confesó de nuevo la fe con una dignidad firme y tranquila. Hizo el Virrey que se le llevase una Virgen muy bien pintada y arrebatada á los misioneros en el saqueo de su residencia. Acusó luego al hombre de Dios de haber sacado los colores de la pintura de los ojos arrancados á los enfermos, y para castigarle por su respuesta de que jamás se había hecho culpable de tal crimen, le hizo estar colgado de los cabellos por espacio de muchas horas.

Sería imposible describir todos los bárbaros refinamientos inventados por este monstruo para acabar con la paciencia del Santo misionero, forzarle á renegar de su fe y hacerle denunciar á los Presbíteros y cristianos que conocía. En una de sus horribles sesiones se le ató por las manos á una especie de cruz, en la cual permaneció colgado desde las nueve de la mañana hasta la noche; ora se le amarraba á una grande

máquina que le levantaba en el aire por medio de cuerdas y de poleas para en seguida dejarle caer en tierra con todo su peso, quedando así su cuerpo como quebrantado y dislocados sus huesos; ora mientras que estaba de rodillas sobre cadenas de hierro y casi suspendido por los cabellos en un poste con los brazos violentamente extendidos en cruz por una cuerda y atados á un madero, se aplicaba á sus pantorrillas un cuartón, á cuyas extremidades balanceábanse dos hombres, causando al paciente el tormento más espantoso.

A fin de variar las crueldades, se le hacía sentar algunas veces sobre una silla demasiado alta, para que sus pies no pudiesen tocar en tierra, y á la cual se le amarraba con cuerdas bien apretadas alrededor de sus muslos; y después se colgaban de sus pies enormes piedras, lo cual producía en las rodillas dolor intolerable. Por el contrario, otras veces era la silla bastante baja á fin de que sus pies tocasen en tierra; mas entonces se hacían pasar con mucha fuerza por debajo de sus plantas gruesas piedras que le causaban dolores no menos atroces. En otra ocasión grabaron con fuego en su frente los cuatro caracteres siguientes: Siè-Kiao Ho-Tchoum; que significan: Propagador de una secta abominable.

Quedaba el siervo de Dios tan debilitado después de cada uno de estos interrogatorios, que ni podía ya andar ni tenerse en pie, y era necesario servirse de una parihuela para volverle á la cárcel. Mas en medio de tantos suplicios conservaba impávido su calma y serenidad. Lejos de oirse proferir alguna vez expresiones de queja ó gritos de dolor, veíase brillar en su cara

el gozo sobrenatural de que estaba inundada su alma. Viendo, no obstante, el Virrey la debilidad de su víctima, concedióle un mes de tregua para que pudiese recobrar sus fuerzas, y hallase él en que cebar por más tiempo su rabia insaciable.

9. Pasado este plazo, compareció el siervo de Dios nuevamente ante su perseguidor, el cual entrando en cuestión le intimó que dijese el camino que había seguido para penetrar en el interior de la China, en qué casas se había detenido y quiénes eran los que favorecieron su entrada; pero no pudiendo recabar ni una sola respuesta del caritativo y prudente misionero, hizóle dar quince golpes en la cara con una gruesa palmeta. Después le preguntó qué brebaje misterioso hacía insensibles los tormentos á los cristianos, puesto que nada había podido obligarles á renegar de su fe; y como respondiese el mártir sencillamente que ningún brebaje les había dado, recibió, en precio de su respuesta, diez nuevos golpes con la férula.

Preguntándole después si la virgen Ana Kao estaba empleada en servicio suyo, por su respuesta negativa le hizo poner de rodillas sobre cadenas de hierro, con las manos atadas á un poste, mientras que uno de los satélites, tomándole por la trenza de sus cabellos, le agitaba y levantaba con violencia. Pasada una hora en este suplicio, presentóle la caja de los Santos Oleos diciéndole: «¿No es este el brebaje de que te sirves para alucinar á los cristianos é impedirles que renuncien á su religión?» «Esto, respondió el confesor, no es un brebaje;» y cuarenta golpes de bambú sobre los muslos siguieron á esta respuesta.

10. Durante este interrogatorio, le solicitó el Virrey

varias veces para que declarase los nombres y residencia de los Presbíteros, catequistas y cristianos; y siempre guardó un profundo silencio. Se le abofeteó y se le ultrajó indignamente para moverle á hablar; le aplicaron el tormento, y le azotaron del modo más cruel, pero nada fué capaz de hacerle desplegar sus labios. Mas cuando un mandarín le preguntó si era cristiano, respondió inmediatamente: «Sí, soy cristiano, y de ello me glorío y me honro.» Hizo llevar entonces este mandarín un Crucifijo, y díjole: «Si pisas á ese Dios á quien adoras, te pondré en libertad.» Al oir proposición tan impía, exclamó el confesor bañado en lágrimas: «¡Ah! ¿Cómo podría yo hacer esta injuria á mi Dios, á mi Criador y á mi Salvador? E inclinándose como pudo, pues su cuerpo se hallaba rendido, toma la Santa Imagen, la baña con sus lágrimas, apriétala contra su corazón, la aplica á sus labios y la cubre de besos los más tiernos y afectuosos. Al ver esto uno de los satélites, inspirado por el infierno, se lanza sobre la víctima, arrebátale el Crucifijo, y le ensucia de una manera indigna. Tan horrible profanación parte el corazón del casto misionero, el cual prorrumpe en un grito de dolor, mostrando así ser más sensible á una injuria hecha á su Dios que á sus propios tormentos. Ciento diez golpes de pant-sé [1] fueron la recompensa de su admirable profesión de fe.

11. Otro mandarín, manifestando compasión, le invitó dulcemente, con promesa de salvarle, á que tan

1 El pant-sé es un instrumento de suplicio usado en la China, y consiste en un grueso y largo bastón de bambú; el paciente está echado en tierra boca abajo y se le hiere con él en los riñones.

sólo anduviese sobre la cruz pintada recientemente en la tarima. «No me es posible», respondió sencillamente y con firmeza el siervo de Dios. Y como los satélites, obedeciendo á órdenes recibidas se esforzasen en hacerle andar sobre la cruz, gritaba él en alta voz: «Yo soy cristiano; no yo, sino vosotros sois los que profanáis el signo augusto de nuestra Redención.» Entonces el Juez impío hizo llevar un ídolo y le prometió la libertad con tal que le adorase. Respondió con energía el invencible atleta: «Podéis, si os place, hacerme cortar la cabeza, pero jamás consentiré en adorar este ídolo.»

12. Añadió el mandarín la burla á la impiedad y á la crueldad. Habiendo hecho llevar los sagrados ornamentos, robados á los misioneros en el saqueo de su residencia, ordenó al Sr. Perboyre que se los vistiese. Éste, al principio, se calló y pareció reflexionar profundamente; después, mirando tranquilo al mandarín, díjole que iba á obedecer. Sin duda acababa de pensar en las escenas de burlas, á que plugo al Señor prestarse en casa de Herodes y en el Pretorio de Pilatos, y se juzgaba feliz de poder beber después de él el cáliz de las mismas humillaciones. Apenas se vistió los ornamentos sacerdotales, cuando se oyó un gran clamoreo en el Tribunal. Jueces y satélites, todos gritaban: «He ahí el Dios Fo, ahí está el Fo viviente.»

13. Después de haber sido saturado de oprobios, á ejemplo de su divino Maestro, volviendo á los Santos Óleos y á las calumnias tan frecuentemente repetidas con motivo de ellos, quiso el madarín forzarle á que se declarase culpable de los crímenes que tan falsamente le imputaban, y como se resistiese á ello, reci-

bió otros cuarenta golpes de bambú. Quebrantado por tan bárbaro tratamiento, como no pudiese estar ni levantado ni de rodillas, tomáronle por los cabellos los satélites y le levantaron muchas veces, dejándole en seguida caer en tierra; después le hacían abrir los ojos para que mirase por fuerza al Virrey, el cual volvióle á preguntar á cuántas personas se los había arrancado. Respondió otra vez que no era culpable de tal crimen, y por su respuesta le dieron otros diez palos, que sufrió también con paciencia siempre admirable. Atónito el Virrey, y no pudiendo comprender cómo un hombre pudiese sufrir tanto con tan grande calma, comenzó á sospechar que tenía algún secreto para tornarse insensible. Habiendo recibido otros diez golpes sin que su tranquilidad fuese alterada, le hizo nuevas preguntas, que no tuvieron respuesta, ya porque el siervo de Dios no podía hablar, ya porque juzgaba inútil refutar tan frecuentemente las mismas calumnias. Irritado con tan persistente silencio, ordenó el Virrey á sus satélites que descargasen quince palos sobre la víctima, la cual continuaba siempre muda, y le dijo: «¡Cómo! ¿Yo te hago herir y tú no respondes?» Este silencio heroico le confirmaba en el pensamiento de que tenía sobre sí algún objeto, cuya secreta virtud embotaba el sentimiento de los golpes, y para descubrirle hízole desnudar completamente. A consecuencia de una enfermedad, hacía muchos años que el siervo de Dios llevaba cierto vendaje, y éste le pareció al tirano que era el mágico talismán que buscaba. A pesar de sus protestas y de la evidencia de su mal hízole arrancar sin piedad el aparato, y para destruir su pretendido sortilegio usó el tirano de un específico

asaz, acreditado entre las superticiones chinas; mandó degollar un perro, cuya sangre humeante aún tuvo que beber el confesor, después de haberle frotado con ella la cabeza. Para poner, finalmente, el colmo á tantas crueldades, hizo imprimir su sello de mandarín en las piernas del paciente.

14. Después de un tan largo como terrible interrogatorio volvió á su prisión el siervo de Dios, que parecía no conservar ya más que un hálito de vida. Y sin embargo, desde el día siguiente se le volvió al Tribunal para hacerle pasar pruebas más crueles. Furioso el Virrey de no haberle podido reducir la víspera, presentóle de nuevo las mismas cuestiones, asegurando que le haría confesar todos sus crímenes. Responde el siervo de Dios que nada tiene que añadir á sus declaraciones pasadas. Inmediatamente, á una señal del mandarín, le desnudan, le echan por el suelo y le aplican diez palazos sobre sus espaldas. Repite otra vez el mandarín sus calumnias contra el misionero y dirígele muchas preguntas insidiosas, que permanecen sin respuesta. Hácele dar otros diez golpes, diciéndole que en vano desea morir pronto; que sabría aun atormentarle por mucho tiempo con nuevos suplicios cada día, y que sólo conseguiría la muerte después de haber agotado los sufrimientos de los tormentos más atroces. Dicho esto, manda suspenderle en el caballete, donde los verdugos le atormentan por el tiempo de una hora, se le hace bajar ya casi muerto y le colocan á los pies del Virrey, el cual le insulta y le pregunta con ironía si se halla bien, mientras que los satélites le abren los ojos á fin de obligarle á que mire á su perseguidor.

No queda, sin embargo, satisfecho el tirano. Quiere á todo trance triunfar de la constancia del mártir y le insta á que dé respuesta satisfactoria á las cuestiones que le ha propuesto, y á que se confiese culpable de los crímenes que se le imputan. Pero no obtiene respuesta. Exasperado por tal silencio, hace cruelmente moler á palos al santo misionero, cuya heroica firmeza no son capaces de vencer ni el palo ni la férula. Cuéntase que á vista de constancia tan insuperable, el Virrey, fuera de sí y creyendo que los verdugos no aplicaban toda su fuerza, bajó del Tribunal, y armándose él mismo del mortífero instrumento, descargó golpes tan terribles sobre la víctima, que los espectadores creyeron que su muerte era inminente é inevitable. Este acto de ferocidad indignó á los mismos paganos: todos, mandarines y satélites, protestaron contra semejante crueldad hacia un hombre que de ningún crimen había sido convicto, y cuya paciencia y dulzura no podían menos de admirar.

15. El santo confesor fué vuelto á la prisión casi espirando, como que, según confesión de los satélites, había recibido en aquel día más de doscientos golpes. Cuando vieron los guardias, al recibirle, en qué estado se hallaba, moviéronse á compasión, y para que sus hábitos empapados en sangre no se pegasen á sus carnes desgarradas, despojáronle de ellos en seguida para lavarlos. El catequista Andrés Fong, que le vió en la cárcel cuando le desnudaban, ha declarado que tenía la cara hinchada de una manera prodigiosa; que sus carnes estaban tan llenas de cardenales y contusiones por efecto de los golpes, que colgaban pedazos de una parte y de otra, y que grandes jirones habían

sido separados del cuerpo: en fin, que sus miembros no eran más que una llaga, y que semejante á nuestro Salvador en su Pasión, ni siquiera tenía la apariencia de hombre. Pero en un cuerpo así molido y despedazado, el alma del confesor, sostenida por la virtud divina, llevaba tamañas crueldades con admirable serenidad, y su mirada, radiante á través de las heridas de su cara, era indicio muy claro de cuán dichoso se creía por haber sido juzgado digno de padecer alguna cosa por el nombre de Jesús. Así es que, cuando el catequista Fong volvió á penetrar en la prisión, encontró al héroe en oración y de rodillas.

CAPITULO IX

MUERTE DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

(2 de Septiembre de 1840)

1. Enérgica resistencia que opone á los últimos esfuerzos del Virrey para hacerle apostatar.—2. Espera en la prisión ocho meses á que su sentencia de muerte sea ratificada por el Emperador.—3. Puede confesarse y dar noticias de sí á sus compañeros.—4. Son mitigados los rigores de su cautividad.—5. No puede recibir la Sagrada Comunión.—6. Admiración que inspira á los criminales presos con él.—7. Santo gozo que le producen los padecimientos.—8. Tan pronto como llega la confirmación de la sentencia es conducido al suplicio.—9. Sus últimos momentos y su glorioso martirio.—10. Su cuerpo es objeto de asombro y de admiración.—11. Piadosa superchería que se practica para obtener sus restos preciosos y tributarles los últimos deberes.—12. Es sepultado cerca del venerable Clet.

1. Había llegado ya el 15 de Enero y los jueces del venerable confesor, rendidos por su invencible paciencia, determinaron dejar una lucha que les era tan poco ventajosa. Sin embargo, el Virrey, antes de pronunciar la sentencia, quiso tentar el último esfuerzo para inducir á apostatar al siervo de Dios y á otros cristianos, los cuales, á ejemplo suyo, habían perseverado generosamente en la confesión de su fe. «Habiéndonos hecho conducir á su tribunal, dice uno de ellos, nos habló de esta manera: Vuestra sentencia va á ser pronunciada. Tú, Tong-Oueng-Sio (nombre

chino del Sr. Perboyre), serás estrangulado; y vosotros, que no habéis cesado de resistir á las órdenes de vuestros superiores, ni habéis querido apostatar, iréis al destierro. Voy, sin embargo, á tratar de salvaros; renegad de vuestra fe y seréis libres; si no, recibiréis el castigo merecido.»

«El venerable mártir respondió el primero: «Antes morir que renegar de la fe.» Y todos dimos la misma respuesta. Irritado el Virrey por nuestra constancia, añadió: «¿No queréis renunciar á vuestros errores? Pues bien, firmad vuestra propia condenación al trazar con la mano sobre este papel la señal de la cruz.» Y tomando inmediatamente el siervo de Dios el pincel chino que se le presentaba, pintó una cruz sobre el papel, y nosotros hicimos lo mismo.»

2. Pero como una sentencia capital no podía ser ejecutada sino después de haberla ratificado el Emperador, el Sr. Perboyre tuvo que aguardar aún ocho meses las órdenes de Pe-King. Difícilmente se comprende cómo pudo sobrevivir todo ese tiempo á tantos suplicios, con el cuerpo despedazado, las carnes cayendo á jirones, los huesos descubiertos en el antro inmundo que le servía de prisión, imposibilitado para estar sentado ó en pie, yaciendo en el suelo casi inmóvil. En medio de todo, la severa consigna que hasta entonces había prohibido rigurosamente al siervo de Dios toda comunicación con los de fuera, se mitigó un poco, y algunos cristianos pudieron llegar hasta él. Se aprovechó de esto el Sr. Perboyre para rogar á uno de sus primeros visitantes que le proporcionase un sacerdote del cual pudiese recibir los auxilios de la religión. Fuéle concedido este consuelo, y uno de

sus compañeros chinos, M. Yang, pudo penetrar en su prisión. Mas al entrar en ella, ¡qué espectáculo se ofreció á sus ojos! A la vista del generoso confesor echado en el suelo, casi muerto, desgarrados los miembros y cubiertos de lívidas llagas, no pudo contener sus lágrimas, y apenas le fué dado reprimir su emoción y pronunciar algunas palabras.

3. Aprovechó el siervo de Dios esta corta entrevista para confesarse y para dar algunas noticias de sí á sus compañeros de Congregación en una breve carta escrita en latín y manchada de la sangre que caía de sus manos. He aquí lo que les escribía: «Las circunstancias del tiempo y del lugar no me permiten daros largos detalles acerca de mi situación; ya la conoceréis plenamente por otros conductos. Cuando llegué á Kou-Tchen-Kieng, fuí tratado con bastante humanidad durante mi permanencia en este punto, á pesar de haber sufrido dos interrogatorios, en uno de los cuales me obligaron á estar una gran parte del día hincado de rodillas con las piernas desnudas sobre cadenas de hierro, y colgado en la máquina *hant-se* [1]. En Ou-Tchang-Fou he sufrido más de veinte interrogatorios, acompañados casi todos de diversos tormentos, porque no respondía á lo que me preguntaban los mandarines [2]. Si hubiera respondido, ciertamente se hubiera desencadenado una persecución general en todo

1 Se llama así una máquina puesta sobre la cabeza del paciente, con la cual se unen los pulgares de las dos manos y la trenza del cabello de la cabeza. Así colgado y teniendo desnudas las rodillas sobre cadenas de hierro, le es imposible hacer cualquiera movimiento sin grandes dolores.

2 Lo que preguntaban los mandarines era los nombres y residencia de los cristianos, catequistas y misioneros.

el imperio. Sin embargo, cuanto he sufrido en Sang-Yang-Fou ha sido por causa de religión. En Ou-Tchang-Fou *he recibido diez golpes de pant-sé,* porque no quise pisotear la Cruz. Más tarde sabréis otras circunstancias. De veinte cristianos, ó muy cerca, que conmigo fueron apresados y presentados, han apostatado públicamente las dos terceras partes.»

4. Desde entonces el confesor de la fe recibió frecuentes visitas de cristianos, y particularmente del catequista Andrés Fong, que le prestó muchos y buenos servicios. También fué asistido con mucho esmero por un médico pagano, el cual, admirado de su paciencia y dulzura, manifestábale mucho interés. Pudo también recibir vestidos, una manta y un colchón, todo lo cual suavizó un poco los rigores de cautividad.

5. Había, no obstante, un alimento por el cual suspiraba con tanto más ardor cuanto más largo era el tiempo que no lo había recibido: era la divina Eucaristía. Pero este pan celestial no podía llegar hasta él sin ser expuesto á profanaciones, pues que por el temor de que se le emponzoñara para sustraerle á la ejecución que le esperaba, sus guardias tenían orden de catar todo cuanto se le llevase. Tuvo, pues, que renunciar á este consuelo, y semejante privación no fué la menor de todas las que sufrió en la cárcel.

6. Sus compañeros de cautividad, criminales públicos y cuyos corazones endurecidos por la maldad eran poco accesibles á sentimientos nobles y generosos, no pudieron, sin embargo, dejar de sentir el dulce atractivo que sobre cuantos á él se acercaban ejercía el siervo de Dios. Testigos continuos de su santa vida, y especialmente de su perfecta modestia, no pudieron

menos de admirar tantas virtudes. Experimentando afectos de estima y veneración hacia él, que quizás fueron los primeros de su vida, se lamentaban á voz en grito y no temían decir muy alto que era digno de mejor suerte.

7. En cuanto á él, lejos de tenerse por digno de compasión, felicitábase de su dicha, y los sufrimientos que llenaban sus días y sus noches tenían para él un mágico encanto, porque sabía que le tornaban más y más conforme á su divino modelo. Y si alguna cosa deseaba todavía, era, á imitación del Apóstol, ver rotos los lazos que le retenían acá abajo alejado del objeto de su amor. *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo.* (Phil., 1, 23.)

8. Y en efecto; estaba ya cercano el momento en que su deseo iba á realizarse. El 11 de Septiembre de 1840 llevó un correo imperial el edicto en que se confirmaba la sentencia de muerte, y que siguiendo el uso de la China, debía ser inmediatamente ejecutada. Por lo tanto, sin pérdida de tiempo, y sin que el juicio fuera aún del dominio público, sacaron al siervo de Dios de la cárcel, como á la imprevista, para llevarle al suplicio. Era viernes, y por disposición providencial del cielo, que había de darle un nuevo rasgo de semejanza con su divino Maestro, determinaron los jueces hacer más ignominiosa la ejecución, conduciéndole á la muerte con cinco malhechores: *et cum sceleratis reputatus est.* No habiéndose publicado el edicto, y la razón de esto se ignora, explícase fácilmente cómo los cristianos no asistieron al suplicio. Uno solo, que casualmente se encontró con el cortejo, es el que presenció el martirio. A él debemos los detalles que siguen:

Marchaba el caballero de Jesús con los pies desnudos, y sin otro vestido que unos calzoncillos recubiertos con el hábito rojo de los reos. Sus manos estaban atadas detrás de la espalda, y sostenían una vara en la cual flotaba un letrero que expresaba la sentencia de muerte pronunciada contra él: *et imposuerunt super caput ejus causam ipsius scriptam.* (Matth., XXVIII, 37.) Y, ¡cosa admirable! había recobrado todas sus fuerzas; sus llagas habían desaparecido, y su carne habíase tornado pura y limpia como la de un niño. Su cara, brillando con resplandor y hermosura sobrenatural, respiraba un santo gozo, y sus labios pronunciaban oraciones á media voz.

Hay en la China la costumbre de llevar los reos al suplicio con precipitación y á paso de corrida. Cada condenado es acompañado de dos satélites, los cuales más bien que conducirle lo arrastran. Esta marcha acelerada, unida al redoble de los tambores, da á las ejecuciones capitales un carácter de terror que llena de espanto á los chinos. De esta manera llegó el santo mártir al lugar en que había de consumar su sacrificio. Advertidos los paganos por el ruido de los tambores acudieron allí en grande número. Pero sabiendo la paciencia y dulzura que el confesor de la fe había mostrado en su prisión y en medio de los tormentos ante los tribunales, murmuraban de que se diese muerte á un hombre, igual, como ellos decían, á los dioses por su bondad. Púsose de rodillas para hacer oración, esperando el instante de su sacrificio, conmoviéndose los paganos al ver su actitud tranquila y llena de recogimiento. El cristiano que lo presenciaba, obligado á cubrirse con las manos para ocultar sus lágrimas, les

oía exclamar: « He ahí el europeo puesto de rodillas y orando. »

9. Por fin, decapitados los cinco criminales que le acompañaban, llegó su turno al siervo de Dios, cuyo sacrificio era preciso que fuese más largo y más doloroso. Comenzó el verdugo por desnudarle del hábito encarnado, no dejándole más que los calzoncillos. Luego le ató al madero, que tenía la forma de cruz. Sus dos manos vueltas á la espalda fueron amarradas al palo transversal, y sus pies, doblados por detrás, le daban la actitud de un hombre arrodillado á cinco ó seis pulgadas sobre la tierra. Mas como para hacer sentir mejor á su víctima los horrores de la muerte, dándola el tiempo de reconocerse, torció dos veces la cuerda antes de dar, por fin, á la tercera la presión decisiva. Como todo el cuerpo pareciese aún conservar algún resto de vida, un satélite se cuidó de rematarle, dándole con el pie un duro golpe sobre el bajo vientre. Esta circunstancia hace recordar involuntariamente la lanzada del soldado que abrió el costado del Salvador, y patentiza de un modo más sorprendente la semejanza que ya se ha notado entre la Pasión del Maestro y la de su fiel discípulo. Como Jesucristo, traicionado por uno de los suyos, llevado de tribunal en tribunal y abrumado de todos los trabajos y humillaciones sin dejar escapar la menor queja, el Sr. Perboyre es injustamente condenado á muerte, conducido al suplicio entre infames criminales, tratado más cruelmente que ellos, y por fin, puesto el viernes en una cruz, sobre la cual entrega á Dios su hermosa alma. ¡Ah! Es muy cierto, generoso atleta, mártir santo, que al confesar tan valerosamente á Jesucristo en medio de todos

los suplicios, y al derramar vuestra sangre por su amor habéis imitado aquí su vida trabajosa y humillada, á fin de participar pronto en el cielo de su glorioso triunfo: *si compatimur, ut et conglorificemur.* (Rom., VII, 17.)

10. Esta convicción se impuso ya desde entonces á todos los que le habían conocido durante su vida, presenciaron su constancia en los tormentos y fueron testigos de las cosas extraordinarias con las cuales plugo al Señor glorificar á su siervo después de su muerte. Su cuerpo, en efecto, fué muy pronto objeto de admiración. Lejos de presentar el aspecto horrible que presentan los cadáveres de los ajusticiados después de padecer ese género de muerte, resplandecía con extraordinaria belleza, muy superior á la que tenía viviendo aún. Su cara no estaba lívida, sino fresca y encarnada; sus ojos, en lugar de saltar de su órbita de manera espantable, inclinábanse modestamente al suelo. No salía su lengua de la boca, que estaba cerrada, y cuyos labios parecían sonreir. En fin, sus miembros ninguna señal conservaban de los malos tratamientos que acababa de sufrir. Y lo que más notable es, su cabeza resplandecía con aureola luminosa, cuya claridad fué percibida por muchos testigos. Sintióse un pagano tan conmovido por estos hechos, que inmediatamente se convirtió al Cristianismo.

11. Este prodigio pudo ser comprobado muy fácilmente, por cuanto, según las órdenes del Virrey, el santo cuerpo estuvo en el madero hasta el día siguiente. Los cristianos aprovecharon este intervalo para rescatar de los satélites los vestidos del mártir; y sobre todo, sus preciosos restos. A fin de obtener esto,

sin comprometer á nadie, usaron de una piadosa superchería, en la cual convinieron los encargados de sepultarle ganados por dinero. Cargados del rico peso cuyo inestimable precio conocían tan poco, dirigiéndose al lugar señalado para la sepultura, fueron por un camino extraviado, y con un pretexto cualquiera se detuvieron ante una casa que les había sido indicada. Allí encontraron un féretro lleno de tierra que tomaron prontamente, dejando en cambio el que contenía los restos del venerable siervo de Dios. Los cristianos se apresuraron á levantar con respeto y amor aquellos miembros que habían sufrido tanto por Jesucristo, y los adornaron con ricos y magníficos vestidos, en cuya confección habían pasado toda la noche anterior.

12. Habiendo después tributado al santo cuerpo los últimos deberes, lo sepultaron honrosamente en la vertiente de la montaña *Roja,* al lado de un compañero de armas, que veinte años antes le había precedido en la gloriosa carrera del martirio. Recuérdese cómo á su primer paso por Ou-Tchang-Fou, cuando iba á su misión de Ho-Nan deseó ardientemente el Sr. Perboyre visitar esta tumba. La Providencia entonces no se lo permitió, porque tenía reservado en sus designios amorosos unir á los dos después de la muerte, trasladando sus almas al cielo, y colocando sus despojos mortales en un mismo sepulcro. Así es, en efecto, como la muerte unió á los dos venerables siervos de Dios Juan Francisco Clet, y Juan Bautista Perboyre, los cuales tuvieron en vida tantos rasgos de semejanza, y cuyas virtudes hiciéronles tan amables á Dios, á los Ángeles y á los hombres. *Amabilis in*

vita sua, in morte quoque non sunt divisi. (Reg., II, I, 23.)

Cierto peregrino, que un año después tenía la dicha de orar sobre esta tumba, escribía: « No se ve mármol cincelado que cubra los huesos de estos dos hijos gloriosos de San Vicente de Paúl, pero diría uno que se ha encargado Dios de los gastos del mausoleo; plantas rastreras y espinosas muy parecidas por su forma á la acacia crecen naturalmente sobre los dos sepulcros. Por cima de esta alfombra de verdura se levantan con profusión mimosas muy notables por su frescura y elegancia. Al ver todas estas brillantes corolas que se deslizan á través de espeso tejido de espinas, viene espontáneamente al pensamiento la gloria con que en el cielo son coronados los padecimientos de los mártires. »

CAPÍTULO X

VENERACIÓN AL SEÑOR PERBOYRE DESPUÉS DE SU MUERTE Y HECHOS EXTRAORDINARIOS QUE PARECEN AUTORIZARLA

(1840-1885)

1. — Veneración inspirada por el mártir antes de su muerte y que se torna en culto después de ella. — 2. Aparición de una cruz luminosa. — 3. El siervo de Dios se aparece á un pagano, que se convierte. — 4 Curación extraordinaria de la hermana Antonieta Vicent en Constantinopla. — 5. Otra curación no menos extraordinaria de Sor Margarita Bouyssié en la Casa-Madre de las Hijas de la Caridad en París. — 6. Castigos con que la Divina Justicia hiere á los perseguidores del señor Perboyre. — 7. Traslación de sus preciosas reliquias á la Casa-Madre de la Congregación de la Misión en París. — 8. Esperanza de su próxima beatificación.

1. Viviendo, y antes de haber sufrido tantos tormentos por el nombre de Jesucristo, ya inspiraba el Sr. Perboyre una verdadera veneración á todos cuantos se le acercaban. Con frecuencia se oyó decir al Padre Rizzolati, misionero capuchino que se hallaba de paso en la residencia de Tcha-Yuen-Keou cuando estalló la persecución, y que después fué Vicario Apostólico en Hou-Kouang: « Aunque el Sr. Perboyre no hubiera obtenido la palma del martirio, sus virtudes heroicas le hubieran merecido subir á los altares. »

Pero después que tan generosamente confesó la fe

y habiendo coronado el Señor con muerte preciosa sus gloriosos combates, cambióse esta veneración en una especie de culto. Dios mismo parece que la autoriza por hechos extraordinarios, que no pertenece á nosotros calificar, pero que llevan en sí todas las señales de una intervención sobrenatural.

2. Tal es, en primer lugar, la aparición de una cruz luminosa que un misionero de la China refiere en los siguientes términos: » Cuando el Sr. Perboyre fué martirizado, una cruz grande y luminosa apareció en el cielo. Fué observada por muchos fieles que habitaban diversas cristiandades, muy distantes las unas de las otras. » También fueron testigos de este prodigio muchos paganos, de los cuales algunos gritaron: « He ahí el signo que adoran los cristianos; yo renuncio á los ídolos, y quiero servir al Señor del cielo. » Abrazaron efectivamente el Cristianismo, y Mr. Clauzetto les administró el Bautismo. Cuando Su Ilustrísima supo estos acontecimientos no les dió grande importancia; mas después, impresionado por el número y calidad de los testigos y de sus testimonios abrió una verdadera información, de la cual resulta claramente: que apareció en los cielos una cruz grande, luminosa y bien formada; que fué vista al mismo tiempo, de la misma manera y forma, en el mismo punto del cielo y del mismo grandor por un gran número de testigos cristianos y paganos; que estos testigos habitaban distritos muy distantes unos de otros, y que no pudieron tener entre sí ninguna comunicación. Además, Su Ilustrísima ha preguntado á los cristianos que conocían al Sr. Perboyre, y todos han declarado que siempre le miraron como á un gran santo.

3. El mismo siervo de Dios apareció después de su muerte á varias personas, cuyos testimonios no pueden ponerse en duda. También le manifestó una vez á un pagano, á aquel pagano misericordioso llamado Lieu-Kioun-Lin, el cual le había hecho llevar á expensas suyas en una litera desde el mercado de Kouang-In-Tam á la ciudad de Kou-Tchagn-Kieng. He aquí cómo supo pagarle con usura la deuda del reconocimiento. Habiendo Lieu-Kioun-Lin caído enfermo algunos años después de la muerte del siervo de Dios, se vió muy pronto á las puertas de la muerte. Hallándose desahuciado por completo y absorto en pensamientos desoladores, aparecióseles el Sr. Perboyre en lo alto de una escalera de color rojo, junto á la cual había otra de color blanco y le invitaba á que por ésta fuese á juntarse con él. Decíale: « Ahí donde estás sufres mucho, ¿no es verdad? Pues bien: ven por esa escalera blanca aquí, en donde yo estoy, y serás dichoso. » Trató entonces de subir el enfermo, pero como el demonio se esforzase en impedirlo bajo una forma horrible, pronunció el nombre de Jesús, cuya virtud omnipotente le habían hecho conocer los cristianos, y al punto desapareció la visión. Recordando entonces todas las circunstancias de la aparición, así como las reiteradas exhortaciones por las cuales el siervo de Dios, cuando vivía, trató de abrir sus ojos á la luz, declaró ante todos los suyos, con grande sorpresa de éstos, que quería hacerse cristiano. Hizo luego venir á un catequista, quien hallándole suficientemente instruído le administró el bautismo: algunos días después entregó al Señor su alma regenerada.

4. Vamos á citar en otro orden de cosas un hecho

no menos extraordinario, una curación declarada por muchos médicos milagrosa.

Había en Constantinopla en una casa de Hijas de la Caridad una hermana llamada Antonieta Vincent, aplicada á la clase de los niños. Todo el mundo la apreciaba, así por su bondad y dulzura, que eran grandes, como á causa de la abnegación sin límites con que trataba de cumplir con su oficio. Así es que todos sintieron mucho que cayese enferma. La indisposición que padecía databa ya de bastante tiempo. Sentía con alguna interrupción agudísimo dolor al costado, y cuando desaparecía por breves momentos, sólo era para volver á acometerla con más violencia. Habíanse pasado ya nueve años en estas alternativas, cuando en Diciembre de 1841 se tornaron los dolores tan fuertes y continuos, que no dejaban á la paciente momento de reposo. En medio de tan espantosos padecimientos, la hermana, llena de valor y de virtud, todavía pudo hacer su clase por espacio de tres semanas enteras. Pero, al fin, vencida por el mal, tuvo que rendirse á la cama y entonces fué cuando se conoció el verdadero carácter del mal. Era una apostema interior que, después de muchos años de formación lenta y progresiva, acababa de abrirse, y merced á la gangrena ya inevitable, ponía en peligro inminente los días de la enferma. Así lo aseguraron los médicos, según el testimonio de su Superiora: « Desahuciada Sor Antonieta, dice, por muchos médicos, llamamos á otros, los cuales juzgaron unánimemente en presencia mía que la apostema formada al lado izquierdo había ulcerado el bazo, produciendo tal desorden en la región del corazón, que su existen-

cia no podía prolongarse más allá de algunos días. No quisieron firmar su consulta, porque decía que eso sería firmar una *partida mortuoria*. Uno de ellos tuvo el valor verdaderamente cristiano de manifestárselo á la enferma, y dijo tomando el Crucifijo: « He ahí el que sólo puede volveros la salud en defecto de la ciencia impotente. » La hermana Antonieta recibió entonces los últimos Sacramentos, con disposiciones verdaderamente edificantes, y después de ellos la indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. Todos temíamos á cada instante verla exhalar el último suspiro.

Antes, empero, que el médico desconfiase de los remedios humanos, habíamos recurrido á los sobrenaturales, y ya se habían comenzado dos novenas de oraciones al Venerable Perboyre, la una por las Hermanas de la enferma, la otra por las niñas discípulas suyas. Estas hacíanla con tanto fervor que, uniendo el sacrificio á la oración, hasta se privaban de las cosillas á que en su edad se tiene tanto afecto para poder comprar las velas de la novena.

Era viernes en la noche del 21 de Enero de 1842, quinto día de la novena de las Hermanas y tercero de la de las niñas, y la enferma perdía más y más; el estertor que comenzaba, el color terroso de su cara, el olor á cadáver que exhalaba ya, todo anunciaba que le quedaban tan sólo algunas horas de vida, y he aquí que repentinamente duerme un sueño profundo, dulce y tranquilo, que duró tres horas. Cuando despertó era ya media noche: sintióse aliviada y fortificada, sentóse en la cama y se tocó el lado, en donde ningún dolor sentía. Procuró entonces tomar algún alimento,

caldo, uvas, cuarterones de naranja, que era lo que tenía á mano; todo le parecía de un gusto excelente. Barruntaba que algo de extraordinario se había operado en ella; pero temiendo ser el juguete de su imaginación, no osaba creerlo, ni mucho menos decirlo. Estaba, por lo demás, tan conforme con la muerte, habíala aceptado tan generosamente y aun con tal gozo, que sentía ver prolongado su destierro y así prefería creerse víctima de una ilusión.

Los testigos de esta escena tampoco se atrevían á creer en la curación: « Observábamos perfectamente, dice su Superiora, que la respiración y todos los rasgos de su cara habían tomado su estado natural, pero no nos fiábamos de estos síntomas consoladores, pues que muchos enfermos se hallan al parecer mejor poco antes de morir. »

Sin embargo, muy pronto ya no fué posible la duda; llegada la mañana, quiso levantarse; habiendo obtenido el permiso, se vistió sola, arregló su cama, subió sin apoyo alguno tres pisos que la separaban de la capilla, y después de haber agradecido al Señor el bien que se había dignado concederla, fué á visitar á una de sus compañeras enferma. La Superiora, las Hermanas, las niñas, todo el mundo estaba lleno de admiración. No estaba menos sorprendido el médico de la casa, pero antes de pronunciarse acerca de un hecho tan extraño quiso examinar á la enferma. Habiendo, pues, palpado el sitio en donde radicaba el mal, declaró que no tenía más que una parte del bazo, pero que la llaga estaba enteramente cicatrizada y la curación era perfecta, lo cual sólo podía explicarse por un milagro. Del mismo parecer fueron los otros

médicos de la consulta, entre los cuales se hallaba un judío; uno de ellos hasta se negó á recibir los honorarios, diciendo que se avergonzaría de recibir cosa alguna por una operación cuyo autor era solo Dios.

5. Hacia la misma época hubo en París otra Hija de la Caridad objeto de una curación tan maravillosa como la anterior. Llamábase Margarita Bouyssié, y en 1842 contaba veintiún años. De salud débil, dice el Sr. J. Ratheau que la asistía, de temperamento linfático, con muchas enfermedades, de las cuales especialmente era bastante grave una que padecía en el hospital en donde hacía la prueba para ser Hija de la Caridad, el 2 de Abril cayó con una pleuro-pneumonía gravísima. A pesar de las sangrías, ya generales, ya locales y de las bebidas atemperantes, se agravó el mal de tal modo, que fué necesario administrarla. Sin embargo, poco á poco fué disminuyendo la intensidad de los accidentes y llegó á una cuasi convalecencia; entonces se la prescribió el aire del campo, que no la hizo bien alguno. Por esta época, es decir, en los primeros días de Agosto, dejó el hospital en donde hacía su postulado para ir á la Casa-Madre con el fin de comenzar el noviciado. También comenzó entonces el Dr. Ratheau á prodigarla sus cuidados.

«Fácil cosa fué , dice él, establecer el diagnóstico. Vimos que teníamos que habérnoslas con una pleuro-pneumonía mal juzgada, por un infarto de pulmón y por un derrame de pus que ocupaba las tres cuartas partes de la pleura izquierda y en un sujeto hasta mal constituído y amenazado de tubérculos en la parte superior de los pulmones, si es que ya no existían.

Añadamos á esto el estado general de la paciente, y nuestro pronóstico no podía ser agradable. Sin embargo, aconsejamos todos los medios empleados por el arte; vejigatorios al costado enfermo, diuréticos calmantes, acción general sobre la piel por medio de los baños. Ningún medio interior ni exterior pudo ser continuado, y por consiguiente, ninguno produjo efecto. La enferma se debilitaba cada día más; se determinó enviarla á tomar los aires del campo á algunas leguas de París, y consentí en ello. Partió el 16 de Agosto, pero su estado se agravó; se aumentaron los vómitos. Volvió á París cuatro días después, no queriendo, decía ella, morir en otra parte más que en su casa. Así continuaron los síntomas hasta el 22 de Agosto, día en que deseó hacer una novena para invocar la intercesión de un nuevo confesor de la fe, martirizado en la China (Juan Gabriel Perboyre). Hasta el día 25 fueron los dolores aumentando, y en la mañana de ese mismo día llegaron á un grado supremo. Habiendo querido levantarse para que la hicieran la cama, no pudo resistir más que algunos minutos: la asfixia era inminente. Tan pronto como volvió á acostarse, se aletargó, cubrióse instantáneamente la piel de un sudor frío, y luego salió bruscamente de este estado, diciendo: «He sanado; traedme de comer, pues tengo ganas.» Eran las doce menos cuarto. Creyóse que deliraba; pero viendo su buen estado real, las compañeras diéronla una copa, una chuleta y un buen pedazo de pan; y no bastando todavía esto, para satisfacer un hambre que la devoraba, añadieron tres patatas asadas. Todo esto lo digirió perfectamente.

«Se levantó en seguida, habiendo recobrado sus

fuerzas, asistió á recreación con sus compañeras y durmió con perfecto sueño. Al día siguiente trabajó sin cesar en tender ropa, y por la noche ya veló á los enfermos.»

Algunos días después, en primer lugar, y otra vez el 4 de Octubre, el doctor Ratheau, queriendo asegurarse bien de la realidad de esta curación, sometió á la hermana Bouyssié á un examen de los más minuciosos, y pudo certificar que todos los órganos que habían estado tan gravemente comprometidos se hallaban á la sazón perfectamente sanos y sin conservar resto alguno de afección morbosa. Así escribió él con fecha 5 de Octubre de 1841:

«Ruego yo á todo médico probo y concienzudo: ¿es esta la terminación natural de enfermedad semejante? Cierto es que algunos curan de ella; pero también sabemos cuántos cuidados exigen y después de qué convalecencias tan interminables, que bien frecuentemente acaban con la muerte; innumerables son los médicos que tienen todos los días la triste experiencia de ellos. Conocemos cuán largas son las convalecencias de estas enfermedades; y en nuestro caso, ¿dónde está la convalecencia? Solamente vemos aquí el tránsito brusco de la enfermedad más grave á la más perfecta curación..... De todos estos hechos incontestables, debemos deducir la conclusión siguiente: Esta curación debe ser considerada como efecto de una causa que no es natural, y para hablar más claramente, como efecto de un milagro.»

6. A estas conversiones ó curaciones extraordinarias con que plugo á la divina misericordia manifestar el poder de su siervo, podríamos añadir los golpes

con que la divina justicia ha castigado á sus perseguidores, y por los cuales ha vengado aquí mismo en la tierra su inocencia. El mandarín de Kou-Tcheng-Kieng, que le hizo arrestar, fué poco después destituído de su empleo, y desesperado, se ahorcó. El Virrey de Ou-Tchang-Fou, verdadera bestia carnicera que había consumido contra este tierno y manso cordero todos los dardos más crueles de una rabia bárbara y feroz, fué bien pronto desterrado por el Emperador á causa de sus crueldades; y el pueblo, juzgando que este castigo era harto suave, hubiera querido descuartizarle. Así es como en otro tiempo murió Herodes vergonzosa y cruelmente devorado de gusanos, y como Pilatos, desterrado á las Galias por el Gobierno romano, acabó, según se dice, por matarse á sí mismo.

¿No teníamos, pues, razón en afirmar que Dios mismo parece autorizar por los milagros de su misericordia ó de su justicia la especie de culto con que el venerable siervo de Dios, Juan Gabriel Perboyre, ha sido honrado después de su muerte? Así es que á nadie puede extrañar que la Casa-Madre de la familia religiosa á la cual pertenece, y que se gloría de contarle entre sus hijos, se complace hoy en poseer sus preciosas reliquias. Desde 1858 fueron exhumadas por los cuidados de Monseñor Spelta, Vicario Apostólico de Hou-Pé, reconocidas por Monseñor Laplace, Vicario Apostólico de Tche-Kiang, y arrebatadas á esa tierra china, tan inhospitalaria, para ser devueltas á Francia, su cara patria. He aquí como el Sr. Etienne, que á la sazón gobernaba las dos familias de San Vicente, hace conocer esta traslación en una carta circular de 1.° de Enero de 1861:

7. «Al comenzar este año de 1860, el 6 de Enero, la divina bondad ha tenido á bien realizar nuestros deseos más ardientes y nuestras más dulces esperanzas. Este día, aniversario del nacimiento de nuestro venerable mártir Sr. Juan Gabriel Perboyre, fué en el que tuvimos la satisfacción de ver entrar en nuestra Casa-Madre su precioso cuerpo traído de la China por nuestro compañero de Congregación, Monseñor Danicourt, Vicario Apostólico de la provincia de Kiang-Si. Sería difícil expresar la emoción de todos los corazones en el momento en que nos vimos poseedores de tan rico tesoro. Estando de rodillas, alrededor de la caja, que respiraba santidad, ¡con qué veneración tan afectuosa procurábamos cubrirla de nuestros homenajes! Parecíanos que desde el cielo se sonreía de nuestra dicha, y que correspondía á nuestra acogida tan piadosamente fraternal. ¡Qué gozo para todos nosotros el que haya vuelto á nuestro seno rodeado de la aureola del apostolado y del mártir, el mismo que hace veinticinco años habíamos visto salir de esta misma casa para dirigirse á través de los mares á lejanas tierras, con el objeto de llevar la buena nueva de salud, consumar una carrera de trabajos, de privaciones y de sufrimientos por la gloria de Jesucristo, y sellar con su propia sangre su fe y su amor á las almas....! Antiguo director del Seminario interno, después de haber mostrado á las nuevas generaciones por medio de sus ejemplos y enseñanzas lo que debe ser un Misionero, volvía á enseñarles cómo deben sufrir y morir por la gloria de Dios y por la salud de sus hermanos.

« El día 25 de Enero, día memorable de la fundación de la Compañía, fué el señalado por Su Emma. el

Sr. Cardenal Morlot para proceder al reconocimiento canónico del cuerpo del venerable mártir, según instrucciones venidas *ad hoc* de Roma. Él por sí mismo tuvo la bondad de presidir esta ceremonia. Después que la identidad del cuerpo fué reconocida canónicamente, se le transportó á nuestra Capilla y fué depositado en un sepulcro al efecto preparado para recibirle. En él deberá permanecer hasta que sea del agrado de la divina bondad permitir que lo coloquemos sobre los altares y le asociemos á los honores y á la gloria del cuerpo de San Vicente. »

8. Esta esperanza del digno Superior general parece estar ya próxima á realizarse. Ya antes de la muerte del siervo de Dios, habiendo el Papa Gregorio XVI oído su cautividad y algunos de los trabajos que padecía, recomendó que con mucho cuidado se recogiesen todos los datos que un día pudieran servir para el proceso de su beatificación; manifestando con esto la intención que tenía de favorecer la introducción de la causa lo más pronto posible, si el martirio llegaba á realizarse. No olvidó su promesa el Sumo Pontífice; y dos años después de la muerte del confesor de la fe, en 1843, habiéndose ya tomado los primeros testimonios, firmó el Decreto que introducía la causa de la beatificación. Este fué el primer acto oficial de la Santa Sede, y desde entonces el Santo mártir pudo ser llamado *venerable*.

Después, la distancia de los lugares, la condición de los testigos cuyas deposiciones se habían de recibir, la pérdida de piezas importantes que ha sido necesario reconstituir, si bien pronto volvieron á aparecer, las formalidades, en fin, múltiples que requieren

estos procedimientos y la sabia lentitud con que marcha Roma en estos asuntos, han impedido hasta el presente la realización de un hecho tan deseado por todos los hijos de San Vicente de Paúl. Un trabajo muy reciente, en el cual el Sr. D. Fernando Moroni, Abogado de la causa, resume todas las informaciones canónicas hechas anteriormente sobre el martirio del siervo de Dios y los milagros obtenidos por su intercesión, será muy pronto presentado á la Sagrada Congregación de Ritos. Las pruebas que en ella desenvuelve el sabio Abogado, revisadas por S. E. el Vicepromotor, y ya hechas del dominio público, parecen tan fuertes y sólidas, que en Roma nadie duda del próximo feliz resultado de la causa. ¡Quiera el Señor realizar nuestras esperanzas, y, por consiguiente, darnos un nuevo modelo que imitar y un Santo más á quien invocar para sostener y confirmar nuestros pasos en el camino de la virtud!

FIN

DE LA VIDA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

JUAN GABRIEL PERBOYRE.

APÉNDICE

El martes 12 de Junio de 1888, la Sagrada Congregación de Ritos tuvo en el Vaticano la Congregación general, presidida por Su Santidad León XIII, convocada para dar su voto sobre la duda siguiente: *An constet de martyrio et de causa martyrii nec non de signis et miraculis in casu et ad effectum de quo agitur?* El martirio, la causa del martirio, así como también las señales en el caso y para el efecto de que se trata, ¿están comprobados? En la tarde del mismo día, el M. R. P. Superior general de la Congregación de la Misión recibió un telegrama, firmado por el Sr. Valentini, Procurador general cerca de la Santa Sede, redactado en estos términos:

« Triunfo completo. »

La Sagrada Congregación de Ritos no tiene más que responder á la siguiente duda:

An tuto procedi possit ad Beatificationem? Se puede proceder con seguridad á la Beatificación; no reclamando ni discusión ni procedimiento judicial, este voto tendrá lugar en una Congregación general que se reunirá para tratar todo lo demás de la causa.

Cuando la Sagrada Congregación de Ritos hubiere agotado la larga serie de sus procedimientos, el Sumo Pontífice dará orden de redactar y publicar el Decreto de Beatificación, después fijará el día de la solemne ceremonia.

Su Santidad tenía intención, nos han dicho, de coronar el año jubilar de su Ordenación Sacerdotal por la Beatificación de nuestro venerable mártir, que sería el primero puesto en los altares de todos los Misione-

ros que han evangelizado la China y de todos aquellos que la Obra de la Propagación de la fe ha ocupado en el mundo entero.

Podemos, pues, esperar que la hora del glorioso triunfo de Juan Gabriel Perboyre no tardará en llegar.

Redoblemos el fervor de nuestras oraciones para hacer este momento tan deseado.

Carta del Sr. Valentini, Sacerdote de la Misión, Procurador de la Congregación cerca de la Santa Sede, al M. R. Sr. Antonio Fiat, Superior general de la Congregación de la Misión.

Roma 13 de Junio de 1888.

Mi muy honorable Padre: Vuestra bendición si os place!

Ayer el telégrafo os llevó la gran noticia de la Congregación general en la causa de nuestro Venerable Perboyre y su feliz resultado. Ciertamente os agradará mucho saber por esta carta los pormenores que un telegrama no podía daros.

Según lo prescrito, fué expuesto á las nueve de la mañana en nuestra Iglesia de Monte Citorio el Santísimo Sacramento para obtener la gracia tan deseada. Lo mismo había rogado hiciesen, en sus respectivas capillas, á los Superiores de la Casa Torlonia, de Santa María in Capella y de Zacollete.

Próximamente á la misma hora la Sagrada Congregación de Ritos se reunía en el Vaticano, porque en la Sala del Trono era donde debía tenerse la sesión general.

El Padre Santo daba entonces audiencia á los Obispos consagrados el día anterior. Entre ellos se hallaba nuestro compañero el Ilmo. Sr. Agostino, á quien Su Santidad dirigió felicitaciones por la bella causa en que pronto ha de ocuparse.

Esta circunstancia retrasará un poco la Congregación.

Hacia las diez y media el Padre Santo entraba en la sala, y después de las oraciones acostumbradas, los Cardenales fueron á tomar asiento en rededor suyo. Los Consultores y oficiales de la Congregación permanecieron de pie. Los miembros de la petición, á saber: el demandante, el Abogado y el Procurador, estaban á la puerta de la sala dispuestos á entrar si se deseaban algunas aclaraciones. Ya conocéis el sujeto en que se iban á ocupar: *An constet de martyrio et signis, etc.* Esta Congregación es muy solemne; por de pronto el Padre Santo es su Presidente; así los Cardenales como los Consultores dan su voto por escrito; además el voto es necesariamente afirmativo ó negativo, mientras que en las otras Congregaciones puede quedar en suspenso ó en duda. Si el voto fuese negativo *actum est de causa usque ad tempus,* la causa sería perdida por algún tiempo. De ahí la suma importancia de esta Congregación, y mientras tiene lugar, la vivísima preocupación de las personas que en ella se interesan. A las doce menos cuarto se abrieron las puertas de la sala, y vimos salir á los Consultores, porque ellos no debían asistir al escrutinio de los votos de los Cardenales. Como tienen que guardar secreto, pasan delante de los miembros de la petición sin decir palabra: apenas les saludan; pero su fisonomía revela la alegría. Este es buen augurio, y sin embargo el corazón aun palpita. Tres cuartos de hora después, próximamente, las puertas de la sala se abren por segunda vez, y el Padre Santo hace llamar á los miembros de la petición: el Cardenal Laurenzi se apresura á salirnos al encuentro queriéndonos hablar, pero no tuvimos tiempo de escucharle, tal era el anhelo de postrarnos á los pies de Su Santidad y escuchar de su boca algunas palabras que nos dejaran entrever el resultado de la votación. Este año he tenido muchas veces la dicha de ver y oir al Padre Santo; pero no me acuerdo, muy honorable padre, haberle visto tan jovial y placentero; jamás héle oído hablar con tanta naturalidad como en esta circunstan-

cia. Postrado á sus pies, le di las gracias á nombre de la Congregación, á nombre del hermano y de sus dos hermanos aun vivientes del venerable mártir, por haberse dignado tener esta sesión tan ardientemente deseada. El Padre Santo tomó también la palabra y en presencia de todos los Cardenales dijo que, desde hacía mucho tiempo nuestra Congregación suspiraba por esta causa. «En 1846, añadió él, volviendo de Bélgica, bajé á vuestra casa de Monte Citorio: Don Francisco Aspetti era entonces el Superior de ella, habían colocado en la escalera el cuadro del Venerable Perboyre: el Superior que me acompañaba me dijo esperaba verle un día inscrito en el número de los Santos: este día ha llegado, añadió el Padre Santo, pero Nós nos reservamos la decisión de la causa.» Sin embargo, el Padre Santo, en la audiencia dada á los Obispos antes de la sesión, durante más de media hora había referido la vida del Venerable Perboyre, descendiendo aun á detalles minuciosos, ensalzando sus virtudes y glorificando su martirio; en una palabra, hizo su panegírico. Había aun añadido que para los mártires no se exigen milagros, pero que el brillante martirio de nuestro Venerable Perboyre era el mayor de los milagros.

Apenas nos hubimos separado del Padre Santo cuando nos hallamos con el Cardenal Laurenzi, que estaba rebosando de alegría.

Es con el mayor respeto, Señor y muy honorable Padre, su muy humilde hijo

F. Valentini, J. S. d. l. M.

ÍNDICE

PÁGINAS.

CAPÍTULO I. — *Nacimiento del V. Perboyre y sus primeros años hasta su entrada en la Congregación de la Misión. (1802-1818.)*

1. Su nacimiento, sus padres y sus primeros años..... 9
2. Instrucción primaria, catecismo y primera comunión.. 11
3. Su perseverancia en el bien..... 12
4. Apostolado que ejerce á su alrededor..... 12
5. Acompaña á su hermano Luis al Seminario menor de Montaubán..... 13
6. Se le quiere detener allí..... 13
7. Su vocación se manifiesta y permanece en el establecimiento..... 14
8. Su aplicación al estudio..... 15
9. Su conducta ejemplar..... 15
10. Estudia la Filosofía y sustituye á su profesor..... 16

CAP. II. — *Su noviciado, sus votos y sus estudios teológicos. (1818-1823.)*

1. Primeros indicios de su vocación á la Congregación de la Misión..... 17
2. Consulta á Dios en la oración..... 18
3. Es admitido en la Congregación..... 19
4. Sus virtudes durante el Noviciado..... 19
5. Sus santos votos..... 20
6. Su ida á París: acto admirable de desprendimiento... 21
7. Sentimiento que deja en Montaubán..... 21
8. Feliz impresión que produce en la Casa-Madre..... 22
9. Su aplicación á los estudios teológicos..... 22
10. Sus progresos en la virtud..... 23

CAP. III. — *Sus primeros empleos en Montdidier y en Saint-Flour. (1823-1832.)*

1. Su primer año en Montdidier..... 24
2. Enseña la Filosofía..... 25
3. Su amor á los pobres..... 25
4. Es llamado á París para recibir las sagradas Ordenes.. 25
5. Va á enseñar Teología al Seminario mayor de Saint-Flour..... 26
6. Cualidades de su enseñanza..... 26
7. Cómo formaba en la virtud á sus discípulos..... 27
8. Admiración que inspiraba á sus comprofesores..... 27
9. Es nombrado Superior del colegio eclesiástico de Saint-Flour..... 27

PÁGINAS.

10. Dificultades que encuentra..... 28
11. Cómo las vence..... 28
12. Resultados obtenidos..... 29
13. Sus aptitudes para la educación de la juventud..... 29
14. Medios de que se sirve para salir bien de la empresa.. 30
15. Su llamamiento á París y vacío que deja en Saint-Flour. 31
16. Muerte de su hermano Luis; viaje á su familia..... 32

CAP. IV. — *El Sr. Perboyre desempeña en París el oficio de Director del Seminario interno. Su vocación á la China.*

1. Se ocupa en la dirección de los novicios..... 33
2. Frutos que produce en este empleo..... 33
3. Testimonio que da de él el Sr. Girad..... 34
4. Es arrebatado en éxtasis..... 36
5. Su deseo ardiente de ir á la China..... 37
6. Su falta de salud impide que se realice..... 38
7. Redobla sus oraciones..... 38
8. Suplica al Superior que le envíe..... 38
9. Acabá por obtenerlo contra toda esperanza..... 39
10. Despedida de los novicios y demás compañeros..... 40

CAP. V. — *Su viaje desde el Havre á Macao y desde Macao á su destino. (1835-1836.)*

1. Salida para el Havre y comienzo de su travesía..... 42
2. Violenta tempestad que se levanta..... 44
3. La salud, ocupaciones y virtudes que practica durante su travesía..... 45
4. Detención en Java..... 46
5. Llegada á Macao..... 47
6. Acogida que le dispensaron sus compañeros; mutua edificación..... 47
7. Estudio del chino..... 48
8. Santa indiferencia..... 49
9. Salida de Macao..... 50
10. Atraviesa la provincia de Hiang-Si..... 51
11. Se detiene en Hou-Pé, no lejos del sepulcro del venerable Clet..... 51
12. Consuelos y dificultades del viaje..... 52
13. Llegada á Nan-Yang-Fou; su destino á Ho-Nan..... 54

CAP. VI. — *Sus misiones en Ho-Nan y en Hou-Pé.*

1. Sus disposiciones al llegar á Ho-Nan..... 55
2. Gran enfermedad que allí contrae; sus primeras misiones, fatigas y resultado..... 56
3. Recuerdos del venerable Clet: vacaciones..... 58
4. Deja la misión de Ho-Nan por la de Hou-Pé..... 59

PÁGINAS.

10. Dificultades que encuentra..... 28
11. Cómo las vence..... 28
12. Resultados obtenidos..... 29
13. Sus aptitudes para la educación de la juventud..... 29
14. Medios de que se sirve para salir bien de la empresa.. 30
15. Su llamamiento á París y vacío que deja en Saint-Flour. 31
16. Muerte de su hermano Luis; viaje á su familia..... 32

CAP. IV. — *El Sr. Perboyre desempeña en París el oficio de Director del Seminario interno. Su vocación á la China.*

1. Se ocupa en la dirección de los novicios..... 33
2. Frutos que produce en este empleo..... 33
3. Testimonio que da de él el Sr. Girad..... 34
4. Es arrebatado en éxtasis..... 36
5. Su deseo ardiente de ir á la China..... 37
6. Su falta de salud impide que se realice..... 38
7. Redobla sus oraciones..... 38
8. Suplica al Superior que le envíe..... 38
9. Acaba por obtenerlo contra toda esperanza..... 39
10. Despedida de los novicios y demás compañeros..... 40

CAP. V. — *Su viaje desde el Havre á Macao y desde Macao á su destino. (1835-1836.)*

1. Salida para el Havre y comienzo de su travesía..... 42
2. Violenta tempestad que se levanta..... 44
3. La salud, ocupaciones y virtudes que practica durante su travesía..... 45
4. Detención en Java..... 46
5. Llegada á Macao..... 47
6. Acogida que le dispensaron sus compañeros; mutua edificación..... 47
7. Estudio del chino..... 48
8. Santa indiferencia..... 49
9. Salida de Macao..... 50
10. Atraviesa la provincia de Hiang-Si..... 51
11. Se detiene en Hou-Pé, no lejos del sepulcro del venerable Clet..... 51
12. Consuelos y dificultades del viaje..... 52
13. Llegada á Nan-Yang-Fou; su destino á Ho-Nan..... 54

CAP. VI. — *Sus misiones en Ho-Nan y en Hou-Pé.*

1. Sus disposiciones al llegar á Ho-Nan..... 55
2. Gran enfermedad que allí contrae; sus primeras misiones, fatigas y resultado..... 56
3. Recuerdos del venerable Clet: vacaciones..... 58
4. Deja la misión de Ho-Nan por la de Hou-Pé..... 59

PÁGINAS.

5. Sus nuevas ocupaciones..... 59
6. Un día de domingo ó de fiesta..... 60
7. Buen empleo del tiempo..... 60
8. Sus privaciones y fatigas bendecidas por Dios..... 61
9. Prueba interior cruel que padece..... 62
10. Aparición de Nuestro Señor, que le libra de ella..... 63

CAP. VII. — *Su prisión; interrogatorios sufridos hasta su salida para Ou-Tchang-Fou.*

1. Persecución en Hou-Pé..... 65
2. Pillaje é incendio de la residencia de los misioneros... 67
3. Huída del venerable siervo de Dios..... 67
4. Es traicionado por uno de los suyos, y puesto en prisión y maltratado..... 68
5. Interrogatorio que sufre en Kouang-In-Tam..... 69
6. Salida para Kou-Tchen-Kieng, acto piadoso de un pagano..... 70
7. En Kou-Tchen-Kieng es conducido ante el mandarín militar..... 70
8. Comparece luego ante el mandarín civil..... 71
9. Conducido á Siang-Yang-Fou, comparece aute el Gobernador de la ciudad..... 73
10. Después ante el mandarín de primer orden, y, por último, ante el Tribunal fiscal, en donde se le somete á una tan indigna como dolorosa prueba..... 74

CAP. VIII. — *Padecimientos en Ou-Tchang-Fou.*

1. Es conducido á Ou-Tchang-Fou..... 76
2. Horrible prisión en que es arrojado..... 77
3. Sufre dos interrogatorios en el Tribunal de los Crímenes..... 78
4. Comparece después ante el Presidente del Tribunal civil..... 79
5. Tratamientos indignos que sufre de los cristianos apóstatas..... 80
6. Su oración en la misión..... 80
7. Crueldad del Virrey de Ou-Tchang-Fou..... 80
8. Es sometido á horribles torturas, que sufre con paciencia heroica..... 81
9. Después del intervalo de un mes siguen nuevos interrogatorios y nuevos suplicios..... 83
10. Expresivo testimonio de amor hacia el Crucifijo..... 83
11. Rehusa adorar un ídolo..... 84
12. Irrisión de que es objeto..... 85
13. Le acusan de magia por su paciencia inalterable en medio de tantos suplicios..... 85

PÁGINAS.

14. Último interrogatorio en que el Virrey descarga toda su rabia contra él..... 87
15. Estado á que el glorioso confesor se halla reducido cuando le vuelven á la cárcel 88

CAP. IX. — *Muerte del venerable siervo de Dios, 12 de Septiembre de 1840.*

1. Enérgica resistencia que opone á los últimos esfuerzos del Virrey para hacerle apostatar..... 90
2. Espera en la prisión ocho meses á que su sentencia de muerte sea ratificada por el Emperador..... 91
3. Puede confesarse y dar noticia de sí á sus compañeros. 92
4. Son mitigados los rigores de su cautividad..... 93
5. No puede recibir la santa comunión..... 93
6. Admiración que inspira á los criminales presos con él. 93
7. Santo gozo que le producen los padecimientos..... 94
8. Tan pronto como llega la confirmación de la sentencia es conducido al suplicio..... ... 94
9. Sus últimos momentos y glorioso martirio..... 96
10. Su cuerpo es objeto de asombro y de admiración..... 97
11. Piadosa superchería que se practica para obtener sus restos preciosos y tributarles los últimos deberes..... 97
12. Es sepultado cerca del venerable Clet..... 98

CAP. X. — *Veneración al Sr. Perboyre después de su muerte y hechos extraordinarios que parecen autorizarla. (1840-1885.)*

1. Veneración inspirada por el mártir antes de su muerte y que se torna en culto después de ella..... 100
2. Aparición de una cruz luminosa..... 101
3. El siervo de Dios se aparece á un pagano, que se convierte..... 102
4. Curación extraordinaria de la Hermana Antonieta Vincent en Constantinopla..... 102
5. Otra curación no menos extraordinaria de Sor Margarita Bouyssié en la Casa-Madre de las Hijas de la Caridad de París..... 106
6. Castigos con que la Divina justicia hiere á los perseguidores del Sr. Perboyre..... 108
7. Traslación de sus preciosas reliquias á la Casa-Madre de la Congregación de la Misión en París..... 110
8. Esperanza de su próxima beatificación..... 111

Apéndice..... 113

YALE UNIVERSITY LIBRARY
3 9002 02964 7725

MR6.2
P411
Xc73

DATE DUE

MR6.2
P411
Xc73

AUTHOR

Compendio de la vida del V. J.
TITLE Gabriel Perboyre.

DATE DUE	BORROWER'S NAME

Yale Divinity Library
New Haven, Connecticut